

11239

1 29

BIBLIOTECA CENTRAL

GIUSEPPE, AMARA PACE

PARA CONOCER A FREUD

CRITICA A LA "INTERPRETACION DE LOS SUEÑOS"

(FRAGMENTO)

Recibido 25 de 1985

Vo. Bo.

Edadaj

Dr. Eduardo Dajur D.

*Profesor Titular del Curso de
Especialización en Psicoanálisis*

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N T R O D U C C I O N

Antes de alcanzar cierta notoriedad la existencia de Freud no difiere de la de aquellos médicos que se afanan por lograr cierto prestigio en la élite científica de la sociedad vienesa; más allá de las fatigas no es más que una tímida y reservada secuencia de hechos cotidianos, anudados a la nostalgia por una infancia sólo relevante para quien la ha vivido.

Quizás nunca dejará de asombrar que de una existencia aparentemente anodina Freud trató de rescatar aquellos indicios fundamentales a través de los cuales todos podríamos reconocer nuestro destino personal y universal.

Freud quiso hacer de su autoconocimiento el medio determinante para el conocimiento de todos los hombres. A consecuencia de tal intento, aquella vida sencilla, que habría transcurrido inadvertida, se convierte en una de las existencias más estudiadas de la historia, por la profusión de experiencias que emanan de la vasta y parcialmente enmascarada autobiografía que es inevitablemente gran parte de su obra, y por muchos otros hechos que han recogido numerosos investigadores de la vida de Freud.¹

1. "Actualmente el material sobre Freud comprende prácticamente los datos más penetrantes y precisos que se hayan reunido nunca sobre una persona": Henry A. Murray, citado por Paul Rozanes, Freud y sus Discípulos, pag. 33

Empero, pese al empeño de Freud de hacer que los hallazgos de su autonálisis fuesen representativos de la condición humana, su vida y su obra -inextricablemente unidas- se prestan obviamente a múltiples y novedosas interpretaciones.

Si el arte de realizar biografías ha sido inevitablemente influido por el método de indagación inaugurado por Freud, no ha de sorprender, en cambio, que sus primeros biógrafos, que fueron a la vez discípulos o seguidores del maestro, no aplicaran los conocimientos psicoanalíticos, cual si los actos y las ideas de Freud hubiesen trascendido toda necesidad de análisis, aun el de corte clásico pre-freudiano. Ernest Jones, por ejemplo, declara candidamente que de la "psiconeurosis" de Freud nada puede decirse*. En concordancia con esta afirmación en su farragosa obra no es posible encontrar experiencias que permitan acceder al conocimiento del Freud viviente, imbuído como todo ser humano en un sin fin de contradicciones. De obras como la de Jones sólo puede recogerse una interminable secuencia de datos sobreañadidos a una personalidad siempre oculta tras la presunta infalibilidad que otrora se atribuía a los santos. Los biógrafos siguientes, como Didier Anzieu o Schur, se atrevieron a analizar los sueños, las fantasías, y algunos actos y dichos de Freud, pero emplearon la técnica del maestro - aun de un modo más acucioso como es el caso de Didier Anzieu - con la finalidad de confirmar la incuestionabilidad de los hallazgos psicoanalíticos. Leyendo a estos autores se cobra la impresión de encontrarnos con un profeta bíblico que devela paso a paso el enigma del devenir humano a partir de un germen de experiencia arcaica. El autoanálisis

* J:318./I

Jones admite que durante los diez últimos años del siglo pasado Freud sufre una psiconeurosis de grado considerable:316/I

resulta incomparable e irrepetible según Schur, puesto que no subsiste el menor error en la progresiva composición del rompecabezas que sintetiza y revela el destino humano.

Didier Anzieu convierte todo lo que concierne a Freud en un mensaje evangélico, revelador de las auténticas verdades universales. Cada interpretación y cada asociación son elementos imprescindibles para el edificio que con total exactitud Freud edifica a medida que avanza en su autoconocimiento. Poco resulta contingente o previsiblemente desacertado, gran parte de los hallazgos son ineludiblemente necesarios para que puedan encajar en la granítica atalaya desde la que Freud se propone develar los enigmas de la existencia. Tampoco la sucesión de los descubrimientos pudo ser irregular o azarosa: obsesionado por encontrar en cada acto de la vida alusiones y repeticiones de un pasado vivido como una suerte de locura que impera soberana sobre el resto de la existencia, en armonioso pero incontenible eslabonamiento, Freud se aproxima al descubrimiento de lo tremendo: la identificación con el destino de Edipo, lo que convierte a cada adulto en una suerte de Golem que actúa bajo el incesante cuento oculto dictado que se inscribió con letras indelebles en la infancia. El reconocimiento de la inevitable secuencia de los dramas infantiles permite ahora desenmascarar y explicar con un alto grado de certeza los dilemas de la vida adulta.

La constante convergencia hacia el enigma edípico es en Didier Anzieu tan obsesiva como lo fue la preocupación por el órgano nasal en Fliess. Felizmente, "La Interpretación de los Sueños" se mantiene incólume pese a las sistemáticas tentativas de convertirla en un código

edípico de todo lo vivido. Lejos de reducirse al embudo simplificador en el que pretende constreñirla Didier Anzieu, esta obra de Freud desborda en múltiples experiencias dignas de la mayor versatilidad interpretativa y pluriparticipante.

Como "La Interpretación" no deja de ser un libro críptico, y el tema edípico no está presente sino mediante raras y singulares alusiones, Marta Robert explica esta tendencia encubridora de Freud por la necesidad de protegerse del público vienés : debe remitir al silencio a la sexualidad edípica porque resultaría más difamatoria que el exhibir sin mayores escrúpulos la ambición de fama y poder.

Alexander Grinstein ofrece versiones excelentemente resumidas de las novelas y obras de teatro que menciona Freud en las asociaciones a sus sueños. Pero por el modo en que Grinstein relaciona las experiencias de Freud con los personajes de la literatura, Freud parece delirar a igual que el Quijote, sugestionado por los libros que ha leído. Convertido en personaje de novela Freud ahora es el Moro de Schiller, ahora el Fígaro de Beaumarchais y Mozart enfrentándose al conde de Thun transformado en el conde de Almaviva, ahora es un parricida al estilo de Zola, resentido por la fallida herencia paterna. Es a la vez personajes tan disímiles como el Hawermann de Fritz Reuter, y el Gargantúa de Rabelais. Estas comparaciones resultan desmesuradas porque las referencias de Freud a los temas literarios, más que por analogías de contenido están determinadas por semejanzas muy forzadas , cuando no son accidentales. Basta recordar como ejemplo la burda comparación que hace el propio Freud entre la "mujer de la lámpara" de su sueño "Conde de Thun" con Charlotte Paumgarten, la amante de Grillparzer, uno de los más inspirados poetas de Austria.

Freud, a consecuencia de indignarse y ridiculizar a un personaje como el conde de Thun - primer ministro del Imperio-, aun cuando sea sólo en el sueño se ve obligado a huir a través de una serie de habitaciones "ricamente amuebladas":
por fin doy con un pasadizo en el que está sentada una conserje-escribe Freud-, mujer anciana y obesa. Evito hablar con ella; pero es evidente que me cree autorizado a pasar por allí, pues me pregunta si debe acompañarme con la lámpara. Le indico con el ademán o le digo que debe permanecer en lo alto de la escalera, y me juzgo muy listo porque sorteo los controles de la salida.²

En relación a este fragmento del sueño, en sus asociaciones Freud asevera que: El rasgo de la lámpara remite a Grillparzer, quien tuvo una encantadora vivencia de parecido contenido y después usó de ella en su tragedia sobre "Héro y Leandro"...³

Grinstein recoge del diario de Grillparzer la experiencia que Freud cree haber compartido de algún modo en su huída onírica

Observar que ella estuvo de mal humor toda la velada, y se mostró desdeñosa y casi grosera. Pero cuando me disponía a partir, depositó en el suelo la lámpara y exclamó: "Debo abrazarte", al tiempo que me rodeaba con los brazos y me apretaba contra su corazón, con todo el ardor del deseo apasionado. Conviene estudiar atentamente este carácter. Un poeta apenas hablaría otro más interesante.⁴

2. IS 223/4.

3. IS 228

4. El episodio parece ser de 1819. G. Pollak, citado en G 112.

Grinstein obviamente no critica tal disparatada comparación, que Freud se permite sólo porque hay una lámpara de por medio. De pensamiento que a veces recuerda el de los "autistas", Freud percibe y piensa en términos de cosas, más que de experiencias más o menos impregnadas de afectos. En las asociaciones al mismo sueño "Conde de Thun", Freud cita nada menos que a Gargantúa, quien se dá el lujo de orinar encima de los habitantes del corazón de París, mientras que Freud la noche de ese sueño, en contra de su costumbre se despierta urgido por orinar, para así manifestar su protesta porque lo han obligado a viajar en un vagón sin retrete. Ambas experiencias, la literaria y grotesca de Rabelais, real pero no menos estéril en su función de protesta la de Freud, son tan opuestas como la vivencia real de Grillparzer comparada con la escena onírica con la mujer de la lámpara de Freud. Pero hay orines y lámparas de por medio, y éstos para Freud son elementos suficientes para pretender sin el menor cuidado tales equiparaciones. Fatigas como las de Grinstein de traer a cuento temas literarios más o menos representativos de las experiencias humanas, resultan ilusorias si se pretende encontrar algún nexo entre la realidad que compartimos y las descabelladas ocurrencias de Freud, que en un principio deslumbraron por su extravagancia y singularidad, y que actualmente son el último sostén para los analistas del "cuerpo de la letra".

Grinstein además no se preocupa por integrar las diferentes interpretaciones y equiparaciones, de modo que sus conclusiones permanecen deshilvanadas. No encuentra, por ejemplo, ninguna relación entre dos sueños que él presenta como muy diferentes: el sueño "Goethe"

y el sueño "Deshonestidad", que además de ser sueños sucesivos son piezas de un mismo dilema: la furia vengativa de Freud en contra del gufa que lo acompaña en la travesía por el Inferno - Fliess convertido por Freud en Virgilio -, quien ha caído en desgracia al dedicarse a construir una cábala irracional y delirante. Finalmente la profusa labor de Grinstein resulta muy desproporcionada respecto a sus conclusiones: hace desfilar tal abrumadora colección de obras literarias para culminar atribuyendo a Freud las consabidas reiteraciones psico-fantásticas: incesto y parricidio, homosexualidad y homofobia.

En Henry F. Ellenberger subsiste una compensada ambigüedad respecto a Freud, aunque el autor reconoce la enorme dificultad para aprehender realmente algo de la personalidad de Freud, la que se torna, tras numerosos y nuevos trabajos a él consagrados, cada día más impenetrable. Ellenberger hace resaltar el amor y el dominio del lenguaje que convierten a Freud en un genio literario capaz de volver verosímil lo increíble. Con semejante don literario, Freud elabora la Interpretación en el acmé de su "enfermedad creadora", por lo que la obra revelará la obstinada y agonística lucha por acceder a la verdad fundamental, y la correspondiente transformación íntima por la cual Freud emerge totalmente renovado. Si bien en la Interpretación se unen de un modo inédito la obra y la teoría con la vida y la personalidad del autor, a la vez Ellenberger parece dar a entender que en esta "autobiografía disfrazada" no se encuentran más que los dolores de parto de un creador sin el consuelo de la cocaína y obstinado en concebir una teoría aparentemente innovadora dentro de una larga corriente de precursores: Joseph Breuer y Moritz Benedikt, Herbart y Fechner, Hartmann, Schopenhauer y Nietzsche, Brentano y Weininger, Shakespeare, Schiller,

Goethe, Ibsen...la lista no puede ser menos interminable. Si la credulidad bien intencionada de Breuer lo tornaba demasiado indulgente con Anna O., la sugestionabilidad de Freud lo llevó a idealizar a Charcot y a creer con cierto candor en la plasticidad de la personalidad humana. Acerca de la originalidad de Freud, el autor concuerda -tal vez sin saberlo- con la intuición de Ludwig Wittgenstein: la originalidad de Freud es de la tierra no de la semilla. En su tierra fructificaron de un modo que no se habrían desarrollado en sus respectivos terrenos las semillas originales que Freud tomó de Charcot, Breuer, Bernheim, Janet, los llamados "psiquiatras románticos", Benedikt, y otros. En relación a Janet, invirtió el nombre que daría a su sistema: de "análisis psicológico" en "psico-análisis". Más allá de todas las influencias, Ellenberger reconoce que durante la enfermedad creadora Freud debió aprender de sí mismo; en una epístola a Fliess escribe: "El paciente que me mantiene más ocupado soy yo mismo". Lástima que Ellenberger no se dedica a analizar qué aprendió Freud de sí mismo. Leyéndolo se adquiere la impresión de que Ellenberger se desanima antes de intentar penetrar en la personalidad de Freud y en los esfuerzos de éste para autoconocerse.

Si Freud inaugura un estilo de actitud existencial que hace dudar de toda representación conciente, por la meta de reconocer las intenciones inconscientes que condicionan todo pensamiento y todo acto humano, consecuentemente estaremos obligados a cuestionar sus propias producciones, por más que se pretenda que Freud haya alcanzado las "verdades últimas". Esta labor crítica más exigente se ha realizado hasta ahora de un modo esporádico. Tras la vasta producción de estudios convencionales se distingue el análisis de Fromm al sueño "Monografía Botánica" y más recientemente, la interpretación de Schorske de los sueños "Conde

de Thun", "Garibaldi" y la serie "Sueños de Roma".

Erich Fromm llega a la conclusión de que el autoanálisis de Freud resultó un fracaso. La tendencia a relegar a la infancia los supuestos orígenes de la experiencia neurótica - que para muchos es la gran contribución de Freud - según Fromm es una característica singular que protege al adulto de admitirse todavía pueril cuando pretende ser maduro y respetable. Freud escamoteó la vergüenza por los errores del adulto merced al recurso de la supuesta génesis infantil que perdura y domina a la misma conciencia. No obstante para Fromm, la actitud y la técnica que Freud asumió por primera vez en el mundo occidental pueden todavía revolucionar el conocimiento y el dilema del hombre. Pero ante Freud comunmente Fromm es ambiguo: ahora Freud es el puritano errático que tiene en sus manos la llave para acceder a verdades resolutivas pero que se obstina en forzar ojales engañosos; ahora lo equipara nada menos que con Buda.

Carl E. Shorske sostiene que Freud pudo sobreponerse a sus fallidas ambiciones políticas de la juventud, al desencadenarse la ambición científica. Freud no será un ministro como el conde de Thun, ni un revolucionario como Ferdinand Lasalle, Adolf Fischeof o el mismo Víctor Adler-todos ellos personajes emulados por Freud en la fantasía, después de sus primarias imitaciones de un Aníbal o un Cromwell-; deseoso de ser un Goethe, Freud será un Wilkelman. El parricidio remplazará al regicidio. El psicoanálisis -ahistórico- remplazará a la historia.

Para Serge Leclaire, basado en la interpretación evangelista y aun cabalística de Jacques Lacán -por lo que el pseudojeroglífico "pico de pájaro" y tal vez hasta el diptongo "ai", siempre indican el "enigma del deseo, tanto en su trivialidad (Vogeln, Geil) como en su carácter sagrado (Weih) - Freud resulta instintivamente dotado para morder y desgarrar el delicioso cuerpo de la madre, de desflorarla - tal como el padre se la ofrece simbólicamente en la forma de un libro de ilustraciones persas que el niño Freud (acompañado de una hermana menor) deshoja y deshace cuál una alcachofa en representación de la desfloración desgarrante-, pues Freud, según Leclaire, no se limita a desear el incesto sino a transgredirlo en una acción que si tiende a colmar a la madre con su "pico de pájaro" -que después conservará en su colección de halcones egipcios- también la desgarrará y destruirá. Caníbal, matricida, desgarrador, transgresor, violador...los deseos de Freud debieron "sublimarse" en deseos de revelar secretos, de transgredir los "límites del conocimiento", de forzar la realidad escondida tras la aparente sexualidad. La violencia creadora tuvo que salvarlo de su primaria tendencia devoradora y homicida.

No puede dejar de ser curioso que a estas alturas se piense que Freud reveló el enigma del deseo inconsciente y el secreto de la sexualidad. A menos que quiera tildarse de "sexual" la caprichosa y extravagante interpretación de juegos infantiles, de juegos de palabras, de singulares fantasías de adultos que acuden al psicoanalista para que sus obstinadas hermenéuticas compitan en contrapartida de las delirantes construcciones freudianas.

En la época en que Freud se adentra en su autoanálisis no puede, aunque lo deseara, emanciparse de ninguna condición exterior: se ha sobrecargado de hijos, no puede abandonar Viena por más que se ilusione de que la mejor ciudad es siempre otra, no puede dejar la profesión aun si no se siente particularmente motivado a curar, y ha de acatar las convenciones del Imperio mientras no comparte más que la vida de un pequeño círculo de profesionistas, unos resignados, otros obstinados en tratar de salvarse de la anomia. Pero, ¿fue su autoanálisis un proceso emancipador ?

Quienes lo reconocen profeta de aciertos inefablemente consecutivos- Jones, Didier Anzieu- aseguran que Freud superó la tormentosa existencia de ese período (1890-1900). Ellenberger, al identificar el autoanálisis como "enfermedad creadora", precisa la irrepetibilidad del intento. No porque, como cree Schur o Didier Anzieu, se hayan conquistado verdades definitivas, sino porque las verdades que arroja serían singularmente personales. Pero Freud jamás se habría contentado con sugerir un método de "buceo interior". El no puede menos que anhelar el descubrir aquella verdad que ineludiblemente será confirmada por todos los otros si se dedican al intento de encontrarse a sí mismos. Por tal pretensión, quienes sacralizan sus hallazgos observan al pie de la letra sus revelaciones; pero sin que tengan que vivir una doble vida: con el tiempo ha resultado evidente que la teoría psicoanalítica es perfectamente escindible de la existencia concreta y cotidiana.

Otros opinan que el autoanálisis es prácticamente imposible. El mismo Freud, hábil en sortear contradicciones sobre la carta-, no dejó de reconocerlo. Si no es un intento vano, se torna una rutina racionalista como ilusoria. En relación al autoanálisis de Freud, Fromm es categórico: vencido por la neurosis aquel resultó un fracaso. Helen Walker Puner adjudica ese fracaso a la consabida autoceguera de las propias pasiones. Sin

embargo ambos autores reconocen que más allá de los fracasos y equívocos, Freud señaló una ruta gracias a la cual las siguientes generaciones podrían beneficiarse a expensas del sacrificio del pionero. Aún más paradójica, es la posición de Marthe Robert. En el descubrimiento de lo inconsciente Freud no se equivocó ni mucho menos fracasó; pero, por diferentes razones, poco podía esperar que la verdad descubierta iba a enmendar su existencia. A diferencia del mito antiguo, la "verdad" en este caso no libera. Los rastreos autoanalíticos no serían más que intentos para esbozar una moda literaria. La que en el mejor de los casos rescata atizbos de lo que está implícito desde Shakespeare a Balzac, de Proust y Joyce a Broch. Si Freud de su autoanálisis no podía esperar más que el conocerse, ¿qué alcanzó a conocer de sí mismo?

Acostumbrados a vislumbrar en las aportaciones de los pacientes cierta correspondencia con los intereses teóricos de sus respectivos psicoanalistas, hoy es fácil advertir que Freud encontró lo que le interesaba encontrar. Aquello encontrado todavía no culmina de pulverizarse: se presta a sucesivas interpretaciones, según sea la índole de los intereses de cada intérprete. Si Freud es parricida pero a la vez matricida; si es heterosexual incestuoso pero también homosexual; si es homicida y a la vez salvavidas... Freud es todos los seres y es ninguno. Sigue insondable y a la vez previsible y ordinario.

Si la validez de su psicoanálisis perdura incierta, contrastada, si a su obra se trata de convertirla en pieza de museo antes de poder decidir si finalmente es verdadera o falsa,* es la personalidad de Freud la que continúa siendo un inagotable venero para nuevos estudios, en la medida en que se eclipsan, precisamente, las pretensiones románticas que el hombre recalcitrantemente se hace de sí mismo.

* Léase a Henry Miller, en FREUD, el hombre, su mundo, su influencia. Editado por Jonathan Miller. Edit. Destino, Barcelona, 1971.

P R I M E R A P A R T E

BREUER-FREUD

I. EL DESEO DEL GRAN DESCUBRIMIENTO

El sol no puede girar alrededor de la tierra: pese a la engañosa evidencia cotidiana, el descubrimiento de Copérnico es irrefutable. Freud aspira a alcanzar un hallazgo de igual magnitud que pueda cambiar radicalmente todo lo que concierne al otro gran sistema, el de la realidad humana.

Darwin hace tambalear la creencia de que el hombre ha sido creado por Dios, por lo menos en la forma que es descrita en el Génesis. Freud quiere descubrir los simulacros de la evolución de la psique, la que anidada en el corazón del cerebro desde los orígenes prehistóricos alimenta el fuego de la existencia humana independientemente de las apariencias históricas.

Así como la tierra en el nuevo sistema de Copérnico, es la conciencia en el sistema mental que inaugura Freud la que pierde su condición de protagonista. En lugar de ordenar y dominar el mundo y la propia personalidad, la conciencia se revela incapaz de gobernarse a sí misma. No logra ser un Leviatán a escala humana que tenga el poder de frenar aquellas apetencias que suelen alarmar a seres del estilo de Hobbes; todo lo que la conciencia puede hacer es que las "pulsiones primarias" aparezcan disfrazadas con los atuendos de la "civilización".

Con una conciencia sempiternamente egocéntrica y por tanto ingénuo, impotente como engañosa, ¿cómo podrá saber el hombre quién es y qué es lo que hace? ¿cómo sorprendernos de la explosiva irracionalidad a medida que se expande la "civilización"?

Al igual que el engañoso movimiento del sol, el hombre se engaña cada vez que piensa o siente. "Me engaño luego existo": así sintetiza, no sin cierta ironía, Bernard Shaw la verdad que Freud cree haber descubierto. En el teatro mundano representamos inútilmente nuestras simulaciones cotidianas, porque somos, a un tiempo, falsos actores y ciegos, sordos, insensibles espectadores.

Conciente de la engañosidad inherente a todo actuar humano, durante el período más intenso de su autoanálisis-los últimos años del siglo pasado- y en la elaboración de su Traumdeutung, Freud se dispone a sacrificar todo sentimiento, a poner en duda cualquier pensamiento, para poder estar en condiciones de vislumbrar cuáles son las "últimas causas" que se esconden y tratan de emerger bajo esa actividad fraudulenta que para él es la conciencia humana.

Para alcanzar semejante meta, Freud ha de descubrir lo que ha quedado sepultado en vida durante las generaciones, cual si sus predecesores no hubiesen aprendido por cuáles motivos se animaban a existir; ha de penetrar en la "naturaleza" de la psique, más allá de lo que la enmascara al modelarla la Historia. Animado por tales ambiciones, Freud se embate pronto contra interminables dudas: ¿cómo poder ser el primero en conocer la verdad última de la existencia vivida y padecida por tantos ancestros? ¿cómo confiar que las claves, supuestamente rectoras de la propia realidad inconsciente, determinen el destino de los demás hombres, de muchos modos idénticos pero innatamente diferentes? ¿cómo poder dejar de dudar de no engañarse al creer que se desbarata lo que se cree que son engaños?

Es de este modo, en el mar de las preguntas y en contra de la multitudinaria corriente de obviedades y prejuicios, como avanza frágil, desconcertantemente banal, imprevisiblemente penetrante, la vela exploradora de Freud.

Debe obligarse a creer que todo lo común -pensamiento, sentimiento, intención, acción-es inevitablemente falso. No se trata de un simplismo irónico decir que si Freud acepta el sentido común no tendrá nada que descubrir. Su duda fundamental ante toda apariencia existencial no carece de la inquieta desconfianza de una corriente de su época en torno a las "verdades tradicionales", no está desprovista de alguna semilla de radicalidad búdica. Sólo que Freud no está orientado a resignarse a aceptar para siempre la divisa de la duda. Para él es indispensable aportar al mundo aquella verdad que hasta el momento nadie ha podido develar porque ha de permanecer tan sepultada y auténtica, al igual que la verdad que han revelado Darwin y Copérnico en la historia moderna.

"Navegante", parece decirse a sí mismo Freud cuando emprende solitario el oscuro viaje, "no desesperes, ha de haber alguna tierra finalmente verdadera más allá del mar de las dudas y el mar de las ilusiones". Sólo que, si se tomaba en serio, ¿qué podría augurarse del destino de la mente, si se disponía a viajar predispuesto a encontrarla ahistórica? ¿Hacia que norte se inclinaría la vela? ¿Es nuestra originalidad benigna o maligna? Freud partió ligero y ahimado, presintiendo que la segunda opción era la verdadera. Casi seguro de esta triste verdad, confió nada menos en que su indagación aportaría algún novedoso recurso terapéutico.

1. Freud aprendió castellano para utilizarlo como idioma secreto con su amigo Eduard Silberstein (E: 488), pero también al parecer porque quería leer en su idioma original a Cervantes.

II. EL ENGAÑO DE LA CONCIENCIA

La conciencia es engañosa, lo que se denomina civilización ha de ponerse en duda: la misma historia no es más que el lujo de la apariencia. Freud está dispuesto a demostrar que hasta su llegada, la humanidad ha vivido en falso.

Pero si Freud no puede dejar de ser cartesiano- el pensar, para él, es la auténtica y suprema experiencia humana -y siendo, a la vez, particularmente suspicaz ante cualquier manifestación de afecto, ¿cómo puede estar seguro de que sus pensamientos no se contaminen de la engañosidad que atribuye a toda conciencia?

Puesto que Freud se compromete mortalmente con su búsqueda -llega a padecer una dolencia cardíaca - la inevitable y constante duda sobre la genuinidad de sus descubrimientos no se restringe sólo al tormento intelectual. Ante el temor de que sus pensamientos pueden resultar engañosos, Freud no puede evitar la parálisis existencial o la desesperación: es cuando sufre la melancolía de largos días de improductividad, para precipitarse en los ciclos fértiles a arrojar cataratas de interpretaciones acerca de la complejidad que se condensa aun en una ínfima y fugaz representación mental.

Muchas de estas interpretaciones son hiladas con cierta arbitrariedad, de modo que se pueda recoger lo que se proponía encontrar. Si otras surgen inevitablemente contrastantes, las desecha o las acomoda con arte de malabarista para montar sus abigarrados mosaicos especulares, aquellos sucesivos modelos mentales que se afana en construir.

¿Y qué descubriremos al tratar de reflejarnos ante la serie de espejuelos* que tiende a ser infinita? Que la conciencia se engaña porque teme el dominio del deseo. La conciencia teme no poder domar esa fuerza que emana del instinto inmortal, ciega y sin memoria, sin tiempo ni contención, perennemente ávida de placer arcáico. Y es precisamente por su arcaísmo que el deseo es irrealizable en un mundo civilizado. Presa de su propio temor, la conciencia debe simular que lo desconoce o trata de enmascararlo, pero huye del deseo aún más por el temor ante el otro, ese otro que vigila insomne y persiste alojado en la estructura de la conciencia misma.

Reconocedor del poder inhibitor del miedo al otro, Freud cree que la conciencia más que temerse a sí misma, teme ser sorprendida por el otro "internalizado" - aun en la intimidad del sueño -, toda vez que el deseo emerge y la invade con su marea irresistible. Parece no haber otra alternativa de que la conciencia se debata entre la presión del deseo y la aparentemente insobornable vigilancia del otro, toda vez que nos exponemos al tratar de realizar deseos, no necesariamente obscenos, sino simplemente indebidos.

Por lo menos en los principios de su indagación, para Freud el deseo del cual pretende distraerse la conciencia es el deseo de posesión. De los deseos de apoderación que Hobbes había intuído, Freud remarca la prevalencia del deseo de poseer a la mujer. Los llamados "feministas" no exageran al criticar a Freud. Para él la mujer no es sino el bien preciado: si las mujeres son presa de sus envidias es porque no pueden ser hombres para así poder poseer a las mujeres en calidad de objetos apetecibles.

*Identificamos como "espejuelos" las transformaciones de más o menos obscuras inferencias de la actividad mental en la apariencia de pensamientos más o menos claros. Freud, más que percibir, intuía. No observaba hechos, los abarcaba con su avasalladora ansiedad interpretativa.

Si es innegable que la conciencia se engaña, no es sólo necesariamente porque teme que prevalezcan los deseos prohibidos. Freud no estimó convenientemente la relativa impotencia en realizar los deseos permitidos y fomentados por la "civilización", aun sin el obstáculo de la oposición ni la carga de lo indeseable. En contraste con la teoría de Freud, frecuentemente es para ocultarnos de la vergüenza por el fracaso en la realización del deseo, que sacrificamos la subjetividad y la objetividad de la conciencia. El autoengaño tiene por lo común como finalidad el tratar de salvar ante nuestros ojos el propio prestigio: que el Yo se sostenga de pie ante cualquier circunstancia adversa.¹ Aunque Freud casi nunca se refiere al común sentimiento de vergüenza, él mismo era un ser muy susceptible de avergonzarse, puesto que concedía suma importancia al prestigio de su persona en el período en que no lograba ser suficientemente conocido entre el público científico.² Freud procuraba constantemente defenderse del rechazo del otro, del poder del otro de ponerlo en evidencia: nada temía más Freud que caer en el ridículo.

1. Tal parece que la frase es de T.S. Eliot.

2. Corrientemente se cree bien asentado que Freud inició sus investigaciones en un atmósfera de incredulidad, hostilidad y rechazo. Ellenberger reconoce la "hipersensibilidad" de Freud y su constante sentimiento de vivirse aislado e incomprendido. Al mismo tiempo Ellenberger demuestra fehacientemente que la innegable convicción de Freud de vivirse "rechazado y sometido a ostracismo" era infundada. No existía tal rechazo, ni había para con él una singular indolencia en la sociedad científica vienesa. Ellenberger se pregunta qué relación puede haber entre la suspicacia de Freud y la convicción de tener que vivir confinado en el petit ghetto que era su consultorio (E:536). Tal perplejidad sorprende pues Ellenberger conoce la susceptibilidad proyectiva de Freud, y la ingenuidad con que exigía ser considerado original

Mientras Freud intenta profusamente demostrar que la conciencia se engaña para creerse libre de los deseos de posesión, no parece percibirse que insiste tanto en deseos algo ajenos a su persona porque tal vez trata de engañarse ante su propio deseo: el deseo de ser un gran descubridor, a la vez que lo embarga el temor de sucumbir avergonzado por no poder descubrir de lo humano nada nuevo bajo el mismo sol de un Maquiavelo, de un Hobbes o de un Nietzsche. Insiste en que al autoengaño lo motiva el temor a la realización del deseo prohibido al mismo tiempo en que trata de ocultarse a sí mismo el temor a la fallida, insatisfactoria o ridícula realización del prestigioso deseo de ser un gran creador.

en la presentación de los trabajos sobre la histeria -notablemente influido por Charcot, Janet y Bernheim- ante los cuales los médicos de Viena no encontraban algo realmente novedoso.

III. LA DESNATURALIZACION DE LOS AFECTOS

La civilización, la misma cultura vienesa, son el resultado de una incesante labor intestina que sublima en disfraz cordial y virtuoso nuestra verdadera condición de endemoniados. Si nos engañamos es para ocultarnos la perenne realidad de nuestros deseos inconfesables. Si somos criaturas del engaño es por el fin de sobrevivir a la barbarie de nuestro destino esencial. La tierra original que Freud cree estar descubriendo, lejos de ofrecer alguna promesa, es "una patria infernal", en ella pulula la peste.¹ El conocimiento de esta tierra convulsionará para siempre el ingenuo sueño de los hombres de creerse criaturas capaces de abrigar sentimientos tales como la ternura.

Es precisamente ternura la que experimenta Freud hacia su primogénita en un sueño.² Pesca este sentimiento y lo somete a examen: la ternura deja de ser un afecto natural y es convertida en prometedor problema. La ternura soñada no puede ser sincera. Si sueña con la ternura es que encubre un sentimiento totalmente opuesto que no puede ser más abominable. Esa ternura ha de disfrazar un sentimiento lascivo hacia su propia hija. Lejos de mortificarse por este supuesto hallazgo Freud se exalta: ¡por este sueño se confirmaría su teoría acerca de la causa de la histeria! Las mujeres se vuelven histéricas a consecuencia

1. Lo afirmó en 1909—según creo—en el barco que lo acercaba hacia América. Se sabía portador de una plaga apocalíptica.

2. Este sueño—"Hella"—no aparece en Die Traumdeutung. Didier Anzieu lo rescata de una epístola a Fliess. Data de fines de Mayo de 1897. D.A.: 254-255.

de sufrir en la infancia por el deseo incestuoso de sus padres. Pero, ¿puede Freud admitir que le haya pasado siquiera por la mente semejante deseo? Aunque él tema que en Viena terminarán por considerarlo un "neurópata sexual" por el interés que presta a la sexualidad prohibida, es difícil imaginar un hombre tan tímido y pudoroso como Freud en este arte. Además, no tarda en enterarse que también otras "histéricas" no han padecido en realidad por algún propósito erótico de sus padres. Freud se ve obligado a abandonar su primera teoría de la histeria.³ Pero de ningún modo está dispuesto a rendirse. Sigue argumentando que no son necesariamente los actos los que enferman: es suficiente la fuerza misma que se irradia del deseo. Todo puede tramarse en la pura fantasía. Somos autores y víctimas del deseo fantástico, de la intención velada, contenida, aun inconsciente. Pero, ¿cómo pueden enterarse los jóvenes del deseo paterno si la atracción incestuosa transcurre entonces sólo entre deseos subterráneos y fantasías inaccesibles? Por la dificultad en producir la verdad anhelada Freud cede al desaliento. ¡Un mundo imbricado de intenciones inconscientes! ¿quién creará que ese mar de sargazos fantásticos siquiera exista y que es él, Freud, su descubridor, el príncipe de la suspicacia universal convertida en matriz de hipótesis científicas?⁴

-
3. De 1893 a 1897 Freud está convencido que la causa esencial de la histeria reside en la seducción paterna practicada a temprana edad. En febrero de 1897 llega a creer que aún su propio padre ha incurrido en algún tipo de seducción y que sus hermanas y su hermano habrán de haber contraído en consecuencia alguna afección histérica. A fines de mayo de 1897, cuando sueña con sentimientos hipertiernos hacia su primera hija Mathilde está todavía convencido de esta génesis traumática. Pero cuatro meses más tarde termina por reconocer que

La ternura del sueño, ¿no podría surgir para compensar la relativa separación de la hija, motivada por la dedicación de Freud al estudio y al trabajo y que suele culminar hasta el fin de semana? El tierno afecto ¿no sería además sino una simple tregua para su mente siempre tan imbuída de ideas, atormentada por interminables razonamientos?. El sentimiento amoroso ¿no es el logro de un hombre que ha madurado y que ahora sabe y puede enternecerse?

No, Freud no puede admitir que el sentimiento soñado sea auténtico. Si la ternura es sincera se hace añicos toda su teoría de invertir la verdad del hombre hasta ese entonces compartida. Como la teoría de la evolución o la del sistema de Copérnico, su teoría ha de ser igualmente inalterable: más allá de sus engañosas y versátiles actuaciones el hombre es un inexorable armazón animado por las "causas últimas", sexo y muerte.

Algunas noches antes de soñar con su hija, Freud, había sentido también en un sueño una gran ternura hacia un cierto personaje que denomina "R." y "Tío".

la seducción paterna es una ficción, o por lo menos no es tan fatídicamente frecuente. Tendrá que conjeturar que no es el deseo del padre sino el del hijo el que desencadenará la futura histeria. Pero, ¿cómo fijar leyes absolutas ante la inevitable relatividad de las experiencias humanas?

4. Si el mismo Freud era muy sugestionable, ¿cómo podía distinguir en el inconsciente intenciones auténticas de otras ficticias? Ante la incertidumbre de la génesis infantil de las neurosis, Freud luego recurrirá a la explicación prehistórica que rescata de su "antropología fantástica".

I. ...Mi amigo R es mi tfo. - Me inspira gran ternura.⁵

Este "tfo" representa supuestamente a muchos seres, pero ninguno de los evocados termina por convencer a Freud de la verdadera identidad del personaje soñado.⁶ Mas, como lo que apremia a Freud es negar que él pueda sentir ternura-sea quien fuese ese "tfo-R"-, se inmiscuye en una larga serie de confesiones con el fin de probar que sólo el odio puede surgir de la relación con los personajes que supuestamente se enmascaran bajo las apariencias del dño superpuesto "tfo" y "R."

"R.", uno de los personajes reconocibles, es probablemente el oftalmólogo Leopold Konigstein, privatdozent seis años mayor que Freud.⁷

Uno de los pocos seres que en esos años de fin de siglo mantiene amistad con Freud, es del tipo de personas con las que difícilmente se producirá el fatídico desenlace con el que Freud suele romper con figuras a las que concede relevancia. Por lo que Konigstein no puede despertar la ternura del sueño ni tampoco el sentimiento adverso que Freud ha de sobreponer forzosamente.⁸

5. El sueño contiene otra breve parte. IS/ 156/157.

II. Veó ante mí su rostro algo cambiado. Está como alargado, y una dorada barba que lo enmarca se destaca con particular nitidez.

Como el rostro pertenece a dos personas superpuestas el rasgo que destaca es la barba dorada en un transfondo borroso. IS/300. Como veremos más adelante E.H. Erikson revela un nexo entre este doble personaje barbado con aquel que ha sido despojado de su barba en el sueño "la inyección de Irma".

6. La imagen del sueño es "una figuración condensada". Además de R. (Konigstein) y el tfo (Josef) por el realce de la barba alude al padre (Jakob) y al mismo Freud: "por intermedio del encanecimiento", según lo afirma. IS/300 .Freud excluye deliberadamente a otro Joseph, a Breuer.

Por lo que respecta al tfo, Freud amanece con la convicción de que ha tenido uno solo en toda su vida. ¿Quién puede ser este personaje que ha de ser muy importante pues distingue como único y con el cual probablemente ha dejado de relacionarse puesto que habla en términos del pasado ? Ya que si de tfos se trata, de la fatídica rama paterna, de la que no quiere acordarse, ha tenido no uno sino cinco tfos. El hombre que al despertar evoca es un

7. Es Didier Anzieu quien adelanta esta identificación: DA:245. Poco después de que Koller, por sugerencia de Freud, experimenta la cocaína en animales, Königstein confirma su poder anestésico al intervenir en ojos humanos, E: 495. Königstein y otro colega N, a quien Freud a continuación alude, compartían con el mismo Freud una prolongada espera para obtener el nombramiento de professor extraordinarius: equivalente aproximadamente al de profesor adjunto, cargo de gran importancia pues asegura prestigio y aquellos ingresos que para esos años de clientela incierta y prole numerosa Freud obviamente necesita.

8. " R. (Königstein) es mi caro amigo de muchos años, pero si me llegase a él y le expresase mi inclinación con palabras que correspondiesen aproximadamente al grado de mi ternura en el sueño, se asombraría sin dudas. Mi ternura hacia él me parece mentida y exagerada, lo mismo que mi juicio sobre sus cualidades mentales, que expreso confundiendo su personalidad con la de mi tfo; pero exagerada en el sentido opuesto." IS: 159 .

hermano de su padre llamado Josef y cuyo parentesco deplora.

¿Cómo poder sentir ternura por tal tío si es la representación viviente de lo que Freud más aborrece: inculto, arrivista, iluso, fracasado y con trazas de delincuente?

Si R-Konigstein o el tío Josef no pueden despertar en Freud la ternura, ¿cómo es que puede provocarla la extraña fusión de las dos figuras en el sueño? Freud insiste en que la ternura no puede ser menos engañosa. Al identificar forzosamente a ambos personajes, al convertir a R. en su tío, R. por lo tanto -Freud lo dice con una sola palabra- es también un idiota. Puesto que es obvio que R-Konigstein no lo es, Freud al juzgarlo de ese modo culmina denigrándolo: si es desprecio lo que se obliga a sentir por R., no hay dudas que la ternura es falsa.⁹

Pero, ¿por qué Freud ha de desacreditar a su amigo Konigstein? Para resolver esta incongruencia se requiere un poco de historia. Desde uno de tantos puntos de vista el sueño "Tío-R." puede originarse de la conjunción de tres acontecimientos. Nothnagel y Krafft-Ebing proponen en enero de 1897 a Freud como candidato al cargo de professor extraordinarius.¹⁰ Freud confiesa que a la vez Nothnagel le previene de hacerse ilusiones.¹¹ ¿Por qué habría Nothnagel de proponerlo si está seguro de que el nombramiento será rechazado? Freud insinúa que la oposición es causada porque él es de origen judío. Posteriormente, Freud se encuentra con su colega N, aspirante al mismo cargo pero marcado por una ensombrecedora denuncia, pese a que a la postre resultó infundada. Por último, la

9. Fromm, curiosamente, toma la imagen onírica al pie de la letra:
" Freud interpreta correctamente el sueño en el sentido de que

noche anterior al sueño, recibe la visita de Konigstein (R.), quien menos resignado que Freud y N, había acudido al ministerio para cerciorarse que la renuencia al nombramiento se debía también en su caso a su origen semita. Con estos antecedentes Freud asevera que lo engañoso no está en la imagen que suena a sendos personajes, sino en el sentimiento que de ella se deriva. La falsedad de la ternura es procurada por el deseo: ante el temor de no ser aceptado por su ascendencia debe anhelar el desprestigio de R-Konigstein, por idiota, y de N, por delincuente, de modo que es por estos motivos que no pueden ser aceptados y no por el estigma de judíos, del cual ni el mismo Freud puede eximirse. Freud puede entonces seguir durmiendo tranquilo, no será por el anti-semitismo que será rechazado.

La disculpa que esboza Freud ante su "ligereza" por degradar a dos inocentes con tal de no quedar a su vez descalificado, no convence, por ejemplo, a Fromm o a Marthe Robert.¹²

el hecho de que su amigo R. sea su tío significa una detracción de R., puesto que su tío había sido una especie de delincuente"
: F/ 108.

10. E/518

11. IS/155-156

12. "Sigue desazonándose la ligereza con que degradé a dos respetados colegas sólo para allanarme el camino al profesorado": IS/159.

Fromm señala que Freud se resiste a ver que es " la intensidad de su deseo de llegar a profesor" lo que le "hace desear que sus dos competidores judíos no alcancen tal distinción, por razones distintas de las de su fe religiosa." ¹³

Marthe Robert no duda de que se necesita valor para mostrarse al "desnudo" ante la sociedad vienesa: así de "brutal", "cínico" , "repulsivo". ¹⁴ Pero, por más que se acepte el arrivismo de Freud, cabe preguntarse por qué en su fantasía vilipendia a dos colegas del mismo origen y que padecen idéntica injusticia, en lugar de atacar a los favorecidos por el régimen imperial. La Robert supone que los "sórdidos cálculos" sustituyen a la solidaridad porque R-Konigstein y N son personajes que representan a los ascendientes paternos de Freud, a quienes detesta porque le abruma la nefasta carga demencial, perversa y delincuente que ellos heredan. ¹⁵ La autora, sin embargo, extiende el deseo de Freud de desembarazarse de sus parientes patoló-

13. Fromm por una parte reconoce que el cargo de professor extraordinarius es de gran importancia, pero a la vez juzga que la ambición de llegar a ser profesor no puede ser más que "muy normal":

F/109. Para no incurrir en una contradicción, Fromm debe finalmente admitir que la intensidad de la ambición de Freud desborda la simple pretensión del nombramiento como profesor.

Fromm, Edith Buxbaum y Didier Anzieu (DA/247), no insisten inútilmente en que Freud trata de negar el ser ambicioso. El mismo, por su parte, lo admite abiertamente (IS/311). Pero, ¿qué repercusiones reales tenían en Freud los frutos de su autoconocimiento?. Por su consumado arte de malabarista Freud ahora se identifica dramáticamente con su anhelo de grandeza, ahora desconoce que sea algo que realmente le incumba.

gicos - y de aquellos que los representan simbólicamente - al anhelo de liberarse de la condición misma de ser judío. Tal vez, semejante deseo que la autora prevé que sea tildado de "infame", más que a Freud deba atribuirse a la imaginación de la misma Robert. A menos que aceptemos que el mismo Freud posea un agudo sentido de la farsa de la existencia: su padre Jakob presume que el hijo Sigmund, iluminado por el Todopoderoso habrá de volar muy alto al estar provisto de las alas del Espíritu Santo, mientras para la Robert en cambio, Freud abomina de su credo y su pertenencia a la estirpe.¹⁶

A continuación de que Freud intenta disculparse, se le ocurre que no es él quien desprestigia deliberadamente a sus dos colegas. El deseo de degradarlo es producto del mecanismo del sueño: no soñamos, somos soñados; y el sueño, además de exagerar es hipócrita, utiliza a la ternura para encubrir el sentimiento adverso.¹⁷ Esta aseveración hace pensar que toda tentativa de interpretación es una tarea muy compleja, pues habrá de tomar en cuenta la natural tendencia onírica a la exageración y a la hipocresía, por ser el sueño producto del deseo, y aún del

14. R/96-97.

15. R/130.

16. Todo el esfuerzo de Marthe Robert remite a la consabida atribución de que los judíos tratan de expandir su genialidad para poder emanciparse del estigma. Al parecer la Robert cae víctima de las tretas de la hipocondría existencial de Freud, quien suele blandir su patético árbol genealógico cada vez que resiente no poder avanzar más rauda. ¿Cómo se podría conciliar, por ejemplo, la sempiterna queja de Freud por su ascendencia perniciosa, con las reiteradas muestras de confianza en sus dotes personales para convertir en realidad sus indomables sueños de grandeza?

pseudodelirio que emana desde la infancia. Si el interpretar un sueño equivale a desenmascarar una treta, ¿cómo saber dónde está la tierra firme libre de engaños? Si el sueño miente, ¿cómo evitar que no sean falsas las ocurrencias que a partir del sueño surgen en la conciencia, si ésta es tan vulnerable a toda experiencia engañosa? La única garantía que pretende ofrecer Freud es la firme creencia en su propia capacidad de atisbar y delatar los engaños, la que es sin dudas más original que imitable.

Simultáneamente, todo el abigarrado montaje que simula no tener otro fin que el proveerlo mientras duerme de un simple aunque críptico consuelo, no logra convencer ni al mismo Freud. Al despertar continuará siendo judío y sin que haya obtenido todavía el nombramiento. Pero también el vivirse víctima de los antisemitas parece ser otra hipocondríaca exageración de Freud.¹⁸ Se ha demostrado que durante los últimos años del siglo el antisemitismo no había invadido todavía el campo científico.¹⁹ De hecho, si bien tarde, Königstein obtiene el nombramiento. Y aunque sin dudas el antisemitismo fue aumentando con el tiempo, aún cinco años después de la primera propuesta de Nothnagel, finalmente Freud obtiene el cargo. Ahora, el insinuar que von Hartl -el ministro de Educación que aparentemente se oponía al nombramiento- era de su propia cuenta antisemita, ¿cómo hacerse

17. "...conozco el valor que debe asignarse a las aseveraciones del sueño.", "es sólo mi deseo de que las cosas hayan sido así lo que mi sueño expresa": IS/159.

18. Véase Ilse Barea, Vienna, pag. 301 y sig. La misma Marthe Robert reconoce que para ciertos autores como David Bakan o André

concordar con el hecho de que von Hartl intervino en la concesión de un premio al escritor Arthur Schnitzler, o que ante el Parlamento él mismo condenara las actitudes antisemitas? ²⁰ Parece además poco verosímil que Freud obtuviera el nombramiento gracias a un regalo, y mucho menos de una pintura de Bocklin que supuestamente la baronesa Marie von Ferstel habría donado al ministro. ²¹ Los Glickhorn ²² y la misma Ilsa Barea ²³, coinciden en que más allá de ciertos obstáculos burocráticos Freud tardó en ser nombrado profesor por no cumplir con ciertos requerimientos relativos a la docencia psiquiátrica. Freud, pues, pretende identificarse cual un petit Dreyfus para encubrir cierta indolencia en tratar de obtener el nombramiento.

Si en un principio ridiculiza la idolatría vienesa por el cargo de Professor Extraordinarius, que "exalta al médico como semidiós", Freud deja después entrever que su ambición sería enfermiza si se limitara a procurar algo tan nimio como ese título, cuando él en verdad aspira un prestigio superior sin dudas al de un ministro. ²⁴

Rousseau "describen la situación de Freud como si los nazis hubiesen ocupado Viena desde 1880":R/99 n.18

19. Carl E. Schorske sugiere que la "censura" en el sueño hace que el deseo de Freud de liberarse del anti-semitismo se encubra bajo el aparente deseo de denigrar a sus colegas. Según este autor, la censura representa la "realidad social", por lo que el enmascaramiento onírico tiene un origen político. Schorske:186-188.
20. E/519.
21. E/520.
22. E/519.
23. Freud demostró cierto desinterés en la enseñanza académica. Ilsa Barea, Vienna, 303.

Es cuando juega a convertirse en von Hartl, en cuya investidura se da el lujo de castigar las aspiraciones de sus dos colegas.²⁵ Pero no se trata sólo de un juego, más adelante Freud reconoce sin reservas que el núcleo fundamental del sueño Tío-R. concentra sus delirios de grandeza.²⁶

24. IS/ 207

25. IS/208, IS/328.

26. IS/311

Por este aparente juego la Robert rescata uno de los indicios de la pretendida tendencia de Freud de dejar de ser judío a costa de convertirse en antisemita: R/129.

Fromm confirma la "ambición de fama" de Freud, a quien critica por tratar de reducirla a la simple fantasía puberal:F/110.

Las intrigas de matiz diabólico que se insinúan en la Traumdeutung no rebasan la intencionalidad propia de la fantasía.

Pero muy probablemente tenga razón Fromm al declarar que el autoanálisis de Freud fue un fracaso:F/111. Por lo menos en que no superó la condición perniciosa de la ambición, por la que no se escatiman sacrificios ajenos con tal de apuntalar lo propio : cuando finalmente es poseedor de la celebridad y el poder que tanto ambicionaba en la época oscura del sueño Tío-R., la implacable actitud competitiva contribuirá en que se vuelvan infernales las vidas de Federn, Stekel, Tausk, Silberer, Honegger, Ruth Mack Brunswick y la del propio Ferenczi.

Véase Paul Rozanes:Freud y sus Discípulos y Hermano Animal.

La Correspondencia entre Freud y Andrea Salomé. Ennio Innocenti, Fragilità di Freud, Pan Editore, Milán.

Al hacer un recuento de sus aseveraciones en tomo al sueño, Freud resta importancia a las insatisfactorias demostraciones de cuán falsa es la ternura o cuán verdaderamente frustrante es el antisemitismo. Da entender que se sirve de ellos para exponer su descubrimiento del funcionamiento psíquico: la ambición desmesurada, su injustificada denigración, no son más que exageraciones porque a la vez son minúsculas ensoñaciones a las que está obligado a ampliar bajo el poder de una poderosa lupa para poder dar cuenta del "aparato psíquico" que está explorando. Pero del fatigoso conjunto de disquisiciones puede rescatarse la acción de una censura de índole política- a la que hace mención Schorske-, la que obliga a Freud a valerse de un discurso aparentemente científico para encubrir su cólera en un país gobernado al estilo del Celeste Imperio, donde sus propios méritos no son reconocidos con la oportunidad deseada, y es sólo mediante alusiones que puede acusar al ministro von Hartl de ser un perfecto idiota al desconocer su idoneidad para el nombramiento de profesor.²⁷ Finalmente, si los sueños son absolutamente egoístas,²⁸ si el nombre de Josef -según Freud lo asegura- desempeña un gran papel en sus sueños,²⁹ la imagen del tío que se ha vestido de distintos personajes ha de retornar convertida en la noble figura del personaje bíblico que Freud sueña personificar. Pero, si cree descubrir que quiere ser el gran Josef de los sueños faraónicos, ¿por qué en lugar de ternura habría de abrigar odio en contra del famoso personaje que él mismo desea ser ?

 27. IS/161. Freud alude a una censura sin dudas política al tratar de una de sus más importantes intuiciones, la del poder de una cierta censura inherente al aparato psíquico. Es por esta censura que surge en la conciencia onírica la ternura; de lo contrario, sin este afecto supuestamente encubridor la descarnada degradación

No ha de resultar paradójico que Freud se odie, ¿quién no termina odiándose si para poder amarse ha de sacrificar la vida para provocar la admiración propia y ajena ?

Con tal cúmulo de referencias a su breve sueño Freud muestra, tal vez involuntariamente, que un sueño puede ser interpretado de diversas maneras. Pero, por su desmesurada aspiración a construir una teoría monolítica, debe contradecir su libre espontaneidad al trenzar los supuestos mensajes de este sueño alrededor del imperativo núcleo del delirio de grandeza.³⁰ Y, puesto que para exhibir su original desenmascaramiento de todo lo que es conciente o ha sido convencionalizado por la falsa civilización, debe invertir sistemáticamente toda representación mental o sentimiento en sus contrarios, a la patética escena en la que siente ternura por un ser híbrido y poco distinguible -algo del Koenigstein frustrado en sus merecidas aspiraciones, algo de su tío Josef que ha malogrado su vida- la transforma nada menos que en el testimonio de su grandiosidad. La inversión no puede ser menos disparatada: pero es por la necesidad imperiosa de develar la simulación ubicuitaria que, si en varios de sus sueños la ambición de fama se manifiesta sin disfraz alguno, en un sueño donde no hay más que ternura por un ser ambiguo que luce una barba dorada como único rasgo definido, Freud intenta delatarse su afán de grandeza.

a expensas de R-Koenigstein o del personaje que se esconde tras la doble imagen superpuesta, atentaría contra la cómoda armonía de quién duerme acosado por tentaciones y veleidades.

28. Lo ratifica en 1925: IS/328.

Freud tiende a universalizar lo que constata en sí mismo. Si sus sueños le revelan su egocentrismo, este rasgo ha de ser compartido por la humanidad.

Detrás del intento de negar la ternura por su hija Mathilde se aviva el deseo de hallar una prueba válida para sustentar la teoría traumática de la histeria. Pero el resistirse a identificar plenamente al personaje que es representado por la conjunción Tfo-R., no parece estar relacionada con alguna finalidad teórica. El tratar de desnaturalizar a la ternura para desplazar la atención acerca del enigmático personaje de la barba amarilla, ha de ser sin dudas por una intención más personal que científica.

Si ninguno de los personajes que Freud evoca para identificar la borrosa imagen del sueño pueden encender en él una intensa hostilidad o un profundo sentimiento de ternura, ¿ es que existe un ser por quien puede alimentar un aborrecimiento comparable al que le produce el recuerdo de su fracasado tfo Josef, y ante quien, a la vez, no puede dejar de experimentar una insólita ternura ? ³⁰ Esa noche del sueño, ante el temor de que se postergue indefinidamente el nombramiento, desamparado por su íntima fragilidad y la tormentosa anomia, al ponderar la inmensa distancia que lo separa del reconocimiento y de la fama, ³¹ ¿ cómo evitar que se despierte en él la ternura por el ser que más lo amó y bajo cuya interesada tutela Freud aprendió a conocerse a sí mismo? Y al mismo tiempo, ¿cómo no sentir odio por la separación cuya culpa le adjudica, porque lo deja solo ante un futuro escuálido y una marcada oposición que Freud, por su sugestionabilidad proyectiva experimenta tan exageradamente hostil como la notoriedad a la que aspira ?

 29. "Mi yo puede esconderse con particular facilidad tras las personas que lo llevan(el nombre Josef), pues José se llamaba también el intérprete de sueños famoso por la Biblia:" IS/481, N. 28.

¿Quién puede ser el verdadero tío que ha tenido en toda su vida sino Josef Breuer?

Sólo Breuer reúne sendos rasgos: es el aborrecido "idiota"-tal como Freud lo ridiculiza en el sueño "la inyección de Irma" - y el único ser a quien en contra de su voluntad persevera en amar.³² Pero Freud no está dispuesto a ceder. Obligado a callar el recuerdo todavía vivo de Breuer, niega en su vida la existencia de alguien que merezca tanta ternura o que sea suficientemente importante como para despertar su odio. Aun en contra de su apasionado deseo de hacer resaltar la significación del sueño y de la eficacia de su poder interpretativo, prefiere admitir que lo soñado y las ideas que se desprenden del sueño no son confiables por exageradas. Antes de asumir el contraste de emociones que siente por el antiguo amigo amoroso, Freud está dispuesto, momentáneamente, a desconfiar de su nueva ciencia, la que tanto se afana en consolidar irrefutable y destinada precisamente a resolver conflictos humanos.

30. Helen Walker Puner, entre otros, piensa que Freud a nadie aborrecía más que a sí mismo.
31. En esa época, en las cartas a Fliess, desahoga su desesperación por la lentitud con que avanza hacia el cada vez más lejano "gran descubrimiento"; la que en parte adjudica a la soledad y falta de apoyo que padece desde que se ha separado de Breuer.
32. Didier Anzieu y Marthe Robert reconocen en Tío R. a Josef Breuer, pero no le asignan mayor relevancia que los otros personajes que hace desfilar Freud en nombre del Tío.

IV. LA SEMILLA DEL HECHIZO

Durante más de una docena de años Freud recibió de Breuer un gran afecto, aprecio y estímulos diligentemente cernidos, y aun una importante ayuda económica. En el atemperado espejo de este amigo, maestro y tutor a un tiempo, Freud aprendió a reconocer la magnitud de sus méritos: una capacidad especulativa capaz de vulnerar toda frontera, una indomable tenacidad, y una audacia embozada tras la grácil timidez y la incierta melancolía de un rostro que no alcanza a expresar la altivez descada.¹ Que Breuer confirmara la pujanza de esta imprevisible temeridad alentó mucho a Freud, que temía menguara aquella animosidad de su juventud y que el paso del tiempo parecía convertir en simple fanfarronería.² Si el apoyo que recibía no era interesado ni acrítico, ni las observaciones resultaban desatinadas, la sinceridad de Breuer no era para Freud lo suficientemente desenvuelta como para ser de su agrado. Empero, a la hora en que Breuer se decidió a ser más determinante, Freud no pudo tolerar las críticas. Al recomendarle prudencia en la actividad terapéutica en que Freud se iniciaba comenzó a desgarrarse aquella poco comparable amistad. Durante la relación con Breuer, alentado y confirmado por aquella serena autoridad, Freud decidió asumir dos importantes decisiones: aventurarse hacia el vacío que debería colmar con las innovaciones que generaría en la psicología, y contraer matrimonio. Fue a Breuer,

1. Puede observarse la dificultad de expresar el enérgico desafío que luego admirará en el rostro del Moisés de Miguel Angel, en las fotografías de Freud del período 1885-1898. Sigmund Freud, His Life in Pictures and Words, 108 y sig.

Acerca de que Breuer reconociera su audacia lo refiere a Martha Bernays.

antes que a su padre, a quien avisó que pese a sus precarias condiciones económicas había decidido casarse con Martha Bernays. Envalentado, descubrió que estaba dispuesto a quemar las naves con que había incursionado veleidosamente en varios campos de la investigación, para dedicar todos sus esfuerzos a escudriñar el enigma del malestar cotidiano del hombre moderno: la enfermedad de vivir. En la definitiva elección de su vocación influyó sin dudas el legado más importante que, para los particulares intereses de Freud, había recibido de Breuer: la revelación de la singular experiencia terapéutica que éste había vivido con una paciente, Anna O., aún antes de las investigaciones de Janet. Cuanto había ocurrido con esta joven mujer se convirtió en el caso de la suprema tentación para Freud. Al deteriorarse la relación, zaherido por las desaprobaciones de su tutor, a quien creyó convertido en crítico receloso y potencialmente acusador, Freud no pudo dejar de reconocer cuánto debía a Breuer por lo que le había comunicado acerca de Anna O. Lejos de poder corresponder al amor que había recibido, si no podía espetarle todo su encono y resentimiento, si además le humillaba el no poder devolver siquiera parte del dinero que le debía, durante varios años posteriores a la ruptura, Freud manifestó en público la deuda científica que había contraído al acceder al conocimiento del caso "Anna O.". Aún en el avanzado año de 1909 seguía declarando que el verdadero descubridor del psicoanálisis era Breuer, lo que resultaba extravagante* para quienes desconocían la decisiva influencia de aquel legado.

2. Acerca de este tema véase las consideraciones de Freud acerca del sueño "Conde de Thun".

* Es el término que utiliza Freud para definir la reacción de sus consternados oyentes.

Si durante mucho tiempo Freud insistió en reconocer la paternidad de Breuer en relación al psicoanálisis, en privado dejó correr la opinión -sin dudas a Jones, tal vez a Jung- de que tampoco Breuer, de habérselo propuesto, podía ufanarse de cierta originalidad, porque éste a su vez había aprendido el peculiar método terapéutico de su propia paciente Anna O. En 1907 Breuer aseveró en una epístola que el caso Anna O. fue la "célula germinal" de todo el psicoanálisis.³ Hoy, sí puede aceptarse la sorprendente intuición de Wittgenstein de que la "verdadera semilla" del psicoanálisis proviene de Breuer, la que nunca habría germinado sin la extraordinaria feracidad del terreno de Freud⁴, no se tiende a meditar suficientemente acerca de los motivos que orillaron a Breuer a aislarse de aquella "raiz total", cual si el árbol que de ella fue expandiéndose produjese manzanas de un nuevo infierno.

Anna O., una incipiente hada que cayó en desgracia alrededor de los 20 años, fue durante años la paciente ejemplar del psicoanálisis. Comparadas con Anna O. las pacientes que Freud presenta posteriormente no son sino precarias imitaciones mortecinas. Puede decirse que el propio autonálisis de Freud rivaliza por la intensidad dramática, prodigios rememorativos y voluntad aparentemente resolutiva, con la inigualable proeza de Anna O. de crear su propia enfermedad para intentar a la vez liberarse de ese terrible engendro.

De Anna O. suele recordarse que siendo muy inteligente, de dotes mentales fuera de lo común, poseedora de gran vitalidad y cierta cultura, utilizó toda su energía creadora para rebelarse mediante una

3. Breuer, Contribuciones a la Histeria. Siglo XXI, pág.48.

4. L. Wittgenstein, Observaciones, Siglo XXI, pág.72

inhabitual forma de histeria en contra del aparente autoritarismo del padre y de la estéril sobreprotección de la madre, que presuntamente la confinaban cual una muñequita inútil en el encierro hogareño. Al no poder expresar su violencia vengativa que le generaba la sofocante convivencia familiar en contra del padre moribundo, comenzó a sentirse culpable de que alguna involuntaria omisión o algún error precipitasen el desenlace, luego olvidó el idioma natal para expresarse en las otras tres lenguas que dominaba, hasta que se paralizó, muda y casi ciega.

Muraro y Paggi hacen notar que la legendaria Bertha Papenheim, en la que de un modo que resta todavía enigmático se convirtió una vez adulta Anna O., tal vez no fue nunca plenamente consciente del resentimiento en contra de los hombres, particularmente los de su raza: en su labor filantrópica que la volvió famosa, por ejemplo, la escandalizaban más los tratantes de blancas judíos que los de otro origen.⁵ Cuando Breuer se encarga de tratarla, Anna O. a semejanza de la heroína de las Mil y Una Noche, merced a pasmosas fantasías logra retener al médico de inusitados tratos personales durante los 18 meses que se prolongará la desacostumbrada relación;⁶ lo que obliga a recordar según Ellenberger los enredosos magnetismos que solían tender las visionarias y profetisas de los primeros años del siglo XIX.⁷

5. L. Muraro y Z. Paggi, en la nota a la "Storia di Anna O.", de Lucy Freeman Feltrinelli, Milán, pag. 166.

6. Breuer cuenta en ese entonces con 40 años, Anna O. con 23, y Freud con 26. D.A. / 85.

7. E/557.

Por la versión de "Estudios sobre la Histeria" de 1895, Breuer parece creer que Anna O., secuestrada por sus vertiginosas fantasías, logra sentirse bien sólo hasta tanto puede dar rienda suelta a sus tormentosas vivencias alucinatorias. Todo parece indicar que en cambio Anna O. mejora sólo si puede compartir el infierno-en el que con cierta complicidad se ha sumergido- con el extraño amoroso que acude infaliblemente a cada cita vespertina. Ella no acepta ver sino a Breuer, no se confiesa sino con él; de los hombres al único que identifica es a Breuer: cuando pierde hasta el menor poder de reconocimiento, identifica todavía a Breuer por sus manos. Finalmente insomne sólo se resigna a dormir si Breuer le cierra los ojos con sus propias manos, y debe abrírselos él y sólo él para que ella pueda aceptar la llegada de un nuevo día. ⁸

Breuer asevera que la paciente empeora cada vez que no logra recordar los momentos traumáticos en los que se originaron fantasías y síntomas; más aun si no acierta a eslabonar tales recuerdos en el estricto orden inverso al que fueron generándose. Mientras que parece no querer percatarse de que toda mejoría retrocede y se crean nuevos síntomas cada vez que se aleja forzado por conceder alguna noche a su familia, pues la asidua dedicación a la insólita paciente parece haber despertado el recelo de su esposa. ⁹

Anna O. se afana por una cautivación total: si los encuentros entre ambos no ocurren a diario falla el método de evocar las experiencias en la secuencia retrógrada que habrá de transportarla al momento original en que se plasmó el síntoma. Breuer está maravillado por el poder liberador de las reconquistas de la memoria: si ella no recaptura el pasado no podrá emanciparse de los sufrimientos. El quiere creer que

ella se esfuerza por curarse a sí misma y no quiere aceptar, por lo menos explícitamente, que ella en gran medida teje las fantasías, se entrega a los tormentos que éstos le provocan, para luego súbitamente resolverlas en sus representaciones de la catarsis: ella "trabaja" para él y él no parece darse cuenta qué papel asume en esta función privada .¹⁰

8. Breuer debió ser de algún modo conciente de que la misma Anna O. urdía las historietas a las que se entregaba para que la atormentasen alucinatoriamente: "los fantasmas que había elaborado bajo el dominio de fuertes afectos de temor". Pero en una joven que se prepara a luchar por conciliarse con alguna identidad que la haga sentirse digna ante una familia y una sociedad cuyas injusticias deplora, ¿Qué es lo teatral y qué es lo encarnado?. Cuándo es protagonista: ¿cuándo actúa o cuándo cree ser auténtica?
9. J / I, 236.
10. Anna O. exhibía una memoria prodigiosa. Podía reproducir con todos sus detalles la vida cotidiana que había vivido exactamente un año antes. Decenas de veces, además, pudo recordar lo que sin oír había oído, sin comprender había comprendido; porque, de no haber oído o comprendido realmente, ¿cómo podría recordar lo oído y comprendido?
- El extraordinario poder de rememoración cautivó al mismo Freud, que intentará utilizarlo como indispensable recurso terapéutico. Pero, como difícilmente se logra recordar con la precisión y eficacia de Anna O., Freud se verá obligado a reconocer como resistencia la habitual dificultad en recordar.
- El poder del recuerdo abría vastos horizontes para la inagotable curiosidad de Freud. Aunque luego superará el desencanto por la relativa ineficacia terapéutica de la "catarsis", todos sus tratamientos se caracterizarán por la regla fundamental del recordar, del retrotraerse a los orígenes. Pero es dudoso que haya encontrado a alguien capaz de compararse con el poder rememorativo que esgrimía Anna O. Si Breuer se limitó a registrar los recuerdos que aparentemente surgían en estado puro, Freud debió de colaborar con sus pacientes para cubrir la ausencia de recuerdos mediante construcciones que resultaran plausibles a ambos.

Si Breuer teme que la enfermedad pueda prolongarse por imprevisibles fallas del sorprendente mecanismo de la memoria, Anna O. por su parte teme mejorar para evitar el tormento de una segunda muerte paterna: la que se representa en la cada vez más próxima separación de Breuer. Al parecer ella se empeña en ignorar que Breuer tiene una esposa, la que durante ese período se ha vuelto a embarazar, que se debe a sus hijos, que lo aguarda una abundante y necesitada clientela, y que a menos que ella fuese la única mujer que sufre en Viena, él se verá forzado a tener que interrumpir ese insostenible tratamiento que se desarrolla en la casa de ella ya no una sino dos veces por día.

No sabemos, tal vez nunca sabremos, cómo interrumpió Breuer la relación. En la versión de los "Estudios sobre la Histeria", tal vez por incitación de Freud, afirma que el "último día" del tratamiento no pudo ser menos feliz: consumada la ceremonia de rememorar el origen de la fantasía capital, la de la muerte, ella de nuevo súbitamente "estaba libre de todas aquellas innumerables perturbaciones aisladas que había presentado anteriormente".¹¹ Hoy se sabe que después de la interrupción del tratamiento, Anna O., casi adicta a la morfina, es internada en una clínica.¹² La químerica frase utilizada por Breuer en 1895: "desde entonces goza de perfecta salud", debe arrancar desde 1892 -cuando la abandona-, y comprende -como lo subrayan Muraro y Paggi- los años más oscuros y dolorosos de Anna O. ¹³

11. Josef Breuer, Contribución a los "Estudios sobre la Histeria", Siglo XXI, México, pág. 76.

12. Ellenberger corrige la conocida versión de Jones: pág. 557 y sigs.

Nadie habría imaginado que Breuer traicionara su sinceridad, al enmendar el desenlace del tratamiento.¹⁴ La versión sobre Anna O. de los Estudios parece ser de una hechura programada para fundamentar la teoría de la histeria sustentada por ambos autores, y demostrar la eficacia del método catártico. Pero, que semejante intento se base en un caso excepcional, reconstruido una docena de años después de haber ocurrido, y que culminó en un fracaso, para Ellenberger, por ejemplo, no puede resultar menos irónico.¹⁵

Una segunda versión de la interrupción del tratamiento fue urdida al tratar Freud de trascender el recurso a la catarsis hacia la ambiciosa terapia que denominará "psicoanálisis". En la versión publicada en los Estudios, Breuer es presentado cual un aprendiz de exorcista, que gracias a la inspirada colaboración de su paciente, resuelve cada una de sus mórbidas fantasías. A medida que cambian las concepciones de Freud acerca del tratamiento psicológico, en las confesiones a Jung, Jones y Strachey, Breuer es transmutado en un ser ingenuo, indefenso, cuya cobardía le impide afrontar y desentrañar el amor erótico que había despertado en Anna O.¹⁶

13. Muraro y Paggi, opus cit. pág. 145.

Sin embargo Breuer hace la salvedad que Anna O. requirió de "mucho tiempo hasta lograr un equilibrio psíquico total". Op.cit. 76.

14. La paciente podría haber sido identificada por Krafft-Ebing: E/558. 15. E/557.

16. Burlónamente Freud escribirá casi 15 años después a Jung, que "limpiar la chimenea" -expresión inventada por Anna O. para designar su experiencia catártica - "es un símbolo inconsciente del coito, cosa que Breuer, por cierto, no llegó a soñar siquiera". J/ II-463.

Que de un inusitado y largo tratamiento se consolidara algún tipo de adhesión recíproca no puede haber dudas. De hecho, despertó el recelo de la esposa de Breuer,¹⁷ y la preocupación de Martha Bernays, todavía novia de Freud, temerosa de que su futuro esposo se viese enzarzado algún día en un enlace semejante. Temor éste que Freud percibió matizado de vanidad: le escribió que no se consideraba un hombre de la personalidad y fama de Breuer como para que pudiesen prenderse de él las pacientes.¹⁸

Muchos años después, en una carta a Stefan Zweig, Freud afirma que logró adivinar lo ocurrido a Anna O. la última vez que la visitó Breuer. De la misma carta se desprende que además de adivinarlo, pudo rescatar el recuerdo de una de sus "microamnesias". La rememoración -sólo comparable a las de Anna O.: la carta es de 1932-surgió en su mente varios años después de la ruptura con Breuer; éste jamás había vuelto a mencionar lo que le había confesado, así como Freud no volvió a recordar nada sobre el asunto durante años. Siendo Freud obsesionado por encontrar toda traza de sexualidad en los historiales clínicos, no puede menos que resultar extraño que olvidara lo que puede ser el mejor ejemplo de la transferencia erótica. De cualquier modo Freud recordó que Breuer le había contado que una vez advertida la paciente de la inminente interrupción del tratamiento, todavía ella logró que volviese a verla para rescatarla de una agitada crisis en que se debatía entre agudos dolores abdominales; que no eran sino los del parto simbólico: así lo admitió ella al decir que estaba por nacer el hijo que ambos habían concebido.¹⁹

Puesto que Breuer-según Freud-carecía de "espíritu faústico", cayó

17. J/ I-235.

18. J/ I-236.

en un pánico convencional y huyó abandonando a la paciente, a la que debieron internar en una clínica.²⁰ Freud, según asegura, pudo confirmar que tal versión fue realmente proferida por Breuer. Su última hija, la que había nacido poco después de que se truncara el tratamiento de Anna O., al enterarse de este desenlace por algún escrito que Freud publicó en alguna parte, inquirió acerca de su confiabilidad a su propio padre, el viejo Breuer todavía lúcido a sus casi 84 años. Aquella, luego tuvo oportunidad de contarle a Freud que su padre había aceptado plenamente tal versión de los hechos. Todavía Freud insinúa la significancia de que el embarazo de la esposa de Breuer fuese contemporáneo al embarazo imaginario de Anna O.

21

Tiempo antes, en la Autobiografía que Freud escribió el año en que murió Breuer (1925), expone los indicios para una ulterior confirmación de que fue la transferencia sexual la que impidió a Breuer proseguir el inolvidable tratamiento. Breuer, según Freud, habría podido acusarlo en público por la propensión a esperarse la transferencia amorosa de las pacientes; para la cual Breuer bien habría podido servirse de su propio caso de "Anna O.", en el que decía no haber encontrado el menor asomo de intención sexual. Pero, con el pasar del tiempo a Freud le resultó incomprensible que Breuer no se decidiese a denunciarlo nunca, hasta que logró reconstruir, basándose en indiscreciones que Breuer en su tiempo habría propalado inadvertidamente, cómo de improviso se había instalado en la joven mujer la pasión amorosa por su brillante médico.

19. Es improbable que se tratara, como lo describe capciosamente Jones de "un parto indudablemente histérico": J/I-236. Anna O. jugaba a representar en su escenario privado una multitud de experiencias, pero no al grado de ser susceptible a la producción de una pseudocie-

Siguiendo a Freud en su razonamiento, ¿cómo podía acusarlo Breuer si sobre de él pesaba la doble culpa por el fracaso terapéutico y la obstinación de callar el inexorable advenimiento del amor incestuoso ?

Que Freud temiese que Breuer lo denunciara no es sino otra de sus típicas exageraciones proyectivas. Jamás Breuer pronunció públicamente nada desfavorable a Freud. No sólo por el afecto que perduraba más allá de la ruptura: Breuer siempre reconoció la genuinidad de las búsquedas de Freud. Mientras que a Breuer jamás le habría ocurrido acusarlo, Freud rumió con tal posibilidad durante los años que pesó en su conciencia cierta culpable inseguridad al tratar a las pacientes.

Después de la muerte de Breuer- en el Elogio Fúnebre, en la Autobiografía, en la carta a Zweig, -todas las veces que Freud le rinde homenaje por su contribución a la terapia psicoanalítica, lo hace para hacer resaltar que el pavor de Breuer, lo obligó a detenerse precisamente cuando la terapia apenas comienza su ardua tarea de liberar a la paciente de la tendencia al amor tortuoso, mítico, irrealizable, que se gestó en la imaginaria marea profusa de intenciones veladas y gestos incomprensiblemente apenas esbozados durante la temprana relación con el padre.

20. Es muy probable que a Anna O. debieron internarla en la clínica por el creciente riesgo de la adicción a la morfina. Además de que Breuer, tal vez por su parte se declaró incompetente de seguir con el tratamiento por el indudable menoscabo a su serenidad mental y a la disponibilidad de tiempo para su familia y clientela.
21. Sigmund Freud, Lettere, 1873-1939. Boringhieri, Turín, pág. 378-9.

Por el contrario, 25 años después de haber tratado a Anna O., Breuer siguió afirmando que "un severo caso de histeria puede desarrollarse, florecer, y ser resuelto sin tener una base sexual." ²² Breuer admitía la influencia sólo circunstancial de la sexualidad en algunos casos, pero la negó rotundamente en el padecimiento de Anna O. Tal vez no se obstinaba por simple antagonismo: su paciente sin dudas, demostrará a través del tiempo, lo que podríamos denominar cierta "asexualidad". De adulta, una vez convertida en Bertha Pappenheim, vivió convencida de que es el hombre quien puede disfrutar a plenitud de la sexualidad; mientras que la mujer -su víctima- si se deja llevar por sus impulsos terminará por padecer con creces el concederse ciertos momentos de placer, a menos que sepa resguardarse en la dignidad que otorga el matrimonio; el cual, paradójicamente, siempre se negó a sí misma. Ella fue una mujer severa con sí misma, cuya enérgica y constante actividad tornó aun más patente su íntima desolación. Cuando se permitía alguna tregua amorosa, su afecto se inclinaba hacia lo inanimado: aquellas preciosas pertenencias que ella valoraba por haber sido usadas por los ancestros. Si veneró a algún antepasado lo fue por la disposición al sacrificio. No se permitió al parecer ningún gesto sexual, tal vez ni siquiera llegó a besar a un hombre en los labios; mientras que a la vez dedicaba su vida a tratar de impedir que las jóvenes judías fuesen prostituidas. Siempre quiso ser original y distinta; como Anna O. creó un método

22. Josef Breuer, op. cit. pág. 48.

para experimentar con el pasmo y el desahogo de la catarsis las tremendas fantasías que la asaltaban; como Bertha Pappenheim fue una auténtica innovadora en la ardua tarea de beneficiar a las jóvenes y los niños desamparados de su raza. Paradójicamente se interesó tanto o más que Freud en la sexualidad. Este, supuestamente, intentó liberar la sexualidad neurótica rescatándola mediante el discurso de las pacientes que se tendían en el diván de su inamovible consultorio. Aquella viajando a numerosos lugares para cerciorarse personalmente de la triste condición de muchas jóvenes obligadas a prostituirse o volverse delincuentes; creando instituciones para liberar a las jóvenes del comercio sexual, y aún tuvo el valor de visitar los burdeles más exóticos y de entrometerse en los siniestros manejos de los adinerados dueños de tal mercado.²⁵ Tres años menor que Freud, en 1899, en coincidencia con la terminación de *Die Traumdeutung*, publicó la comedia "Los derechos de las Mujeres", en la que se refleja su convicción de que los hombres, los patriarcas legisladores, son los privilegiados que explotan cínicamente sus objetos de placer, las mujeres que, para sublevarse no cuentan sino con el poder de la "huelga sexual".²⁴

Freud, quien pretendía dictar las leyes del nuevo mundo que descubría, no podría haber admitido la asexualidad de Bertha Pappenheim más que como resultado del fracaso terapéutico de Breuer: de haberse resuelto aquella transferencia erótica, tal abstinencia sexual se habría desvanecido desde la juventud, y Bertha, libre de la necesidad de recomendarla como derecho de la mujer para liberarse contra el abuso del macho, habría gozado naturalmente del amor. Goce que, tal como la tierra prometida para el profeta, tampoco pudo disfrutar el mismo Freud.

Coincidentes en varios aspectos existenciales, de ambos, terminó alejándose finalmente Breuer. Si acaso fuese cierta la versión, que el apego que manifestaba Anna O. tenía un matiz erótico, resultaría la única vinculación sensual que se permitiría en su vida. Y el tratar de negarla, sería en Breuer un recurso tan extremado como el de Freud al tratar de propiciar toda transferencia amorosa como medio indispensable para la consumación de la terapia. Mientras Breuer quiere desatenderse de las obsesiones de Freud, que le abren la herida todavía viva que para él fue Anna O., éste hace de este caso el punto de partida para tratar nuevas pacientes con el vivo deseo de someterse con cada una a la prueba de fuego del desenlace erótico. Pero, si Freud se ufana en poder resolver las ataduras del amor que renace de su origen incestuoso, y es a la vez tan categórico en reprobar la inhibidora abstinencia terapéutica de Breuer, no pudo evitar durante años en cargar en su conciencia con las críticas prevenciones de su antiguo mentor, por lo que tratará de desacreditarlo y aun de desfigurarle -claro está, en sueños- con el fin de que se desvaneciera la autoridad de aquella insobornable conciencia breueriana, la que volvía a erigirse una y otra vez para juzgarlo y censurarlo.

En defensa de su tratamiento psicológico Freud insistirá ante Breuer que el amor que se despierta en la paciente es siempre de naturaleza impersonal. Tal era la concepción de las histéricas, y tal vez

del común de la gente, que sustentaba Freud: amazonas de carne y sangre, impelidos por una energía arcaica, siempre extraña al propio ser, que una vez encendida en el inevitable triángulo familiar, tenderá a repetir, ciega e inmutable, el goce paradisiaco del origen. Tal "impersonalidad" de los afectos no podía resultar más que incomprendible para un sujeto de la aguda sensibilidad social como Breuer, quien se enfrentaba al dilema de haberse inevitablemente personalizado la relación con Anna O. . El no era el científico desapegado que podría analizar con el gélido goce intelectual los sentimientos de una mujer, tal como un biólogo que ha perdido toda sensibilidad para la estética, analiza parsimoniosamente la composición orgánica de flores disecadas. Como tampoco iba a concederse ningún otro vínculo adicional, por su tradición moral y su auténtica felicidad conyugal. Conocía muy bien cómo terminan intrincándose los nexos entre las personas y era demasiado conciente de la realidad humana del otro: el vínculo con Anna O. desbordó inesperadamente su prudencia, y lo arrolló a un cauce que tuvo que abandonar a sabiendas de que la entregaba a peores tormentos. Tanto, que al año de haberla dejado de ver la prefiere muerta antes de que ella siga sufriendo irremisiblemente.²⁵ Breuer era benigneamente escéptico como para creer que hablando en torno al fuego puedan apagarse las llamas.

23. Véase Dora Edinger, Bertha Pappenheim: Freud's Anna O. Congregation Solelel.

24. Un breve resumen de esta comedia es presentado por Muraro y Paggi, op. cit. , pág. 157.

25. Según lo transcribe Freud a una carta a Martha del 5 de agosto de 1883.

En un principio Freud fue hechizado por lo que aparentemente ocurrió en el tratamiento de Anna O., la resolución de las tormentosas fantasías a expensas del infalible como demoníaco ritual catártico. Luego, al reconocer la circunstancialidad de este método, lo atrajo el hechizo de aquello que no ocurrió en ese tratamiento inaugural, la irresolución de la fantasía capital: la transferencia amorosa. Dignificó a Breuer por haber conjurado el primer hechizo, lo denigró por no haber afrontado el segundo. Ahí donde había prevalecido el temor, Freud se proponía hacer vencer a la razón.

Pese a todo es difícil concluir que la cura de Breuer fuese ineficaz. Falsa tal vez no fue la cura sino la versión que una y otra vez se dió sobre esta cura por el imperativo de las cambiantes pretensiones teóricas. Si el tratamiento no resultó fatalmente un fracaso, no tiene por qué ser irónico que Breuer y Freud se apasionaran tanto, cada quien a su modo. Más irónico puede ser que Breuer, en la parte teórica de los Estudios, trate de demostrar mediante la terminología de las tensiones electrodinámicas, las causas de la enfermedad y los resortes de la cura. Cuando, lo que domina la relación entre Anna O.

26. Las mejoras difícilmente se logran poco después de un tratamiento. Fue hasta seis años después, a partir de 1888 que Bertha Pappenheim no vuelve a padecer por ninguna recaída. Los tormentos alucinatorios de Anna O. desaparecen para siempre y Bertha, una vez dueña de sí misma puede dedicarse a ayudar a otras jóvenes desgraciadas.

y él, fue el amor. El amor incondicional y perseverante, sin antecedentes previos en las costumbres médicas de la época. Otra vez no es del todo exacto Ellenberger al comparar el tratamiento con aquellas relaciones "magnéticas" entre visionarias e hipnotistas del pasado. Sin dudas Anna O. se distingue de las pacientes descritas por los psiquiatras de la época. Pero, más allá de sus creaciones mitopoyéticas,²⁷ y de las ceremonias catárticas, debieron dilucidar algo del amor y del aborrecimiento que Anna O. sentía a la vez por su padre; del aparente sometimiento a la madre, a quien en realidad debía de proteger. En ese denso y turbulento período juvenil Anna O. trataba desesperadamente de evitar una identidad que la destinara a vivir la existencia burguesa de las vienesas adineradas. Se enfrentó, con terror y valentía, al misterio injusto de la muerte. Por su juventud tal vez no encontró otro modo de vivir las experiencias más hondas más que experimentándolas en el pasmo alucinatorio, en esa suerte de aventura de vestiduras psicóticas, que para autores como Laing resulta ser la experiencia por la que un ser humano trata de recuperar la realidad de sí mismo más allá del torbellino mundano. Si Ellenberger cree que el período del autoanálisis de Freud coincide con una enfermedad creadora, puede decirse paralelamente que la de Anna O. fue una locura benigna de la que emergió emancipada, ardientemente resuelta para el activismo social y totalmente definida como la impertérrita Bertha Pappenheim. Durante 18 meses ambos no pudieron dedicarse exclusivamente a llevar adelante un juego de mnemotecnia, muchos de cuyos ingredientes eran banales, y cuya secuencia ritualista parece carente de significatividad. Breuer tuvo que haber influido para que Anna O. alcanzara una

comprensión algo más penetrante de nuestra frágil y a la vez caudalosa existencia humana. Por Breuer, y luego, porque se quedó sin él, Anna O. tuvo que destruir el mito de sí misma para poder convertirse en la realista Bertha Pappenheim. De otro modo, ¿cómo habría podido vertir toda su energía vital hacia otras jóvenes, aquellas obligadas a entregar y amaestrar sus cuerpos bajo la indolente ley de los patriarcas ?

Más que falsas, las versiones acerca de Anna O. que rindieron Breuer y Freud resultan impotentes para exponer toda la hondura existencial de aquella relación singular y amorosa. 29

27. Breuer fue sin dudas bien pagado; la familia de Anna O. era muy rica. Pero a Breuer no le faltaba ni le interesaba mayormente el dinero. Por su parte Anna O., una vez transmutada en Bertha Pappenheim dedicó toda su fortuna y los donativos de aquellos a quienes convertía con su fervor en benefactores, para su causa de ayuda a las jóvenes prostitutas y los niños huérfanos de ascendencia judía.
28. Véase Juan Dalma, citado por Ellenberger, 557. Y también el estudio de T. Bedó e I. Maggi de García Rocco, en Contribución a los "Estudios sobre la Histeria", op. cit. pag. 45.
29. Didier Anzieu acepta literalmente la versión de Jones, pg.84 y sigs. Y a Max Schure se le ocurre pensar que probablemente Anna O. era una paciente del tipo "borderline":S/38. Schur sin embargo reconoce que Jones subestimó la contribución de Breuer y la importancia del caso "Anna O."

5. IRA CONTRA LAS CULPAS

"Tío R." es en realidad el mismo Freud. Un ser que se compadece porque teme que el público, ese público que él se representa mentalmente en todo momento, ha de repudiarlo por considerarlo un charlatán que promete emancipar a las mujeres aprisionadas por la neurosis, mediante un remedio tan antiguo como la humanidad. Pero de este público, la censura que más teme es la de su antiguo mentor Breuer. Este ha participado, con escepticismo y un creciente sentido de futilidad, en las tribulaciones de los tratamientos con las "histéricas". Pero además sigue siendo la figura más relevante del cerrado círculo en que Freud se halla incluido, al que aborrece porque no logra todavía independizarse. Si antes Breuer era todo su apoyo, a partir de 1895 aquél se convierte en el adversario por excelencia. Tanto más temible en cuanto Freud le otorga el poder de la ubicuidad, pues es de su propia conciencia que no puede excluir la insobornable vigilancia del otro. Breuer ha admitido que en su condición de "gallináceo" nunca podrá otear desde las alturas que en cambio alcanza a sobrevolar el águila-Freud.¹ Ha confesado que no puede sino prevenirlo de los riesgos que corre toda vez que debe aterrizar de sus intrépidos vuelos. Aun conciente de estas limitaciones de Breuer, Freud no puede evitar el atribuirle aquella autoridad ante la cual ha de justificar su novedoso arte de desanudar la sexualidad coartada y reprimida, cuyo libre curso garantizaría la curación de las neurosis. Siempre urgido del constante estímulo que representa Breuer, ahora parece necesitarlo aun en su calidad de censor desdeñoso. Pues cansado de la compañía de un colega agotado y sin fe en el futuro de la terapia psicológica, ahora prefiere su enemistad que es tanto más propicia, cuanto más crítica y exigente. Personalmente alejado, pero inextinguible interlocutor del diálogo íntimo, Breuer

representa la inflexible conciencia ética judaica y el implacable juicio científico de la comunidad vienesa. Su omnipresencia es temible en la medida que Freud la necesita como acicate para su necesidad de transgredir las normas, para revelar a los cuatro vientos la hipocresía del deseo amordazado en la convivencia cotidiana.

Era difícil escapar a esa, a la vez, deseada vigilancia. Las pacientes que consienten ser tratadas por Freud pertenecen a su mismo círculo, o son de todos modos conocidas por Breuer, pues es él quien las envía a Freud. Tal es el caso de Irma, una viuda tratada brevemente por Freud y asidua participante a las reuniones familiares de Breuer y Freud. También Anna O., oh sorpresa, en calidad de Bertha Pappenheim suele visitar a Martha, la esposa de Freud en la década de los noventa. Por el tamiz de semejante convivencia era posible advertir cuáles hipótesis se sustentaban ante la realidad de la existencia. Qué síntomas eran, no sólo dominables, sino siquiera genuinos. Cuáles cambios ante la vida revelaban las mujeres tratadas. Muchas de estas inevitables observaciones fueron silenciadas en aras de consolidar la eficacia del tratamiento que Freud defendía arduamente del naufragio. Inmiscuído en el pequeño círculo, Freud puede penetrar en el infierno de lo cotidiano, el de las bajezas, mezquindades, resentimientos o envidias. Asfixiado, recurre finalmente a alguien que es extraño al círculo y aun a la misma ciudad de Viena. Además, desde un principio lo viste con los aparentes poderes que lo tornan capaz de sustituir al propio Breuer en sabiduría y destreza científica. Puede pensarse

1. Carta de Breuer a Fliess del 5 de agosto de 1895. Citada por Jones y a su vez por Didier Anzieu: I-105.

que en compensación a su audiencia Freud consiente que Wilhem Fliess se inmiscuya en la nariz de sus pacientes.² Pues parece ser que Fliess ha podido reconocer la influencia de las células de la mucosa nasal en la génesis de algunos síntomas histéricos, al estar emparentadas aquellas con los órganos de la genitalidad. Pero no hay que olvidar que la posibilidad de curar la histeria alcanzó para Freud su punto crítico entre 1894 y 1895, cuando encontró desmesurada su confianza en la hipotética interpretación de su psicogénia.³ Abatido quizás tanto o más que el mismo Breuer ante la futilidad de sus búsquedas psicogénicas, Freud deseó que su colega berlinés aportara alguna solución química o aun quirúrgica para aliviar los síntomas rebeldes de la histeria. En una utopía feliz, las viudas no necesitarían enfermarse de histeria, ni requerirían amantes, al acceder a la plenitud que les otorgaría la trimetilamina o alguno de sus derivados, sustancia que Fliess consideraba esencial en la sexualidad femenina. Pero en total desproporción con las especulaciones de Fliess acerca de la química sexual, era muy remota la posibilidad que pudiese experimentar realmente con tales sustancias. No quedaba sino el dudoso recurso quirúrgico, basado en la presunción de que bastaba la simple mutilación de ciertas partes nasales para liberar la funcionalidad de los órganos pélvicos. Una idea sin dudas de mayor radicalidad que la sustentada en el antiguo stratagemata hipocrático de ahuyentar al "uterio" de las cercanías de la garganta, forzándolo a descender sometiendo a la nariz a ciertos olores insoportables.

2. Fue Breuer quien hizo que Freud conociera a Fliess. Este luego se casó con una paciente de Breuer, Ida Blody.

Quizás por ninguna otra paciente llegó a sufrir tanto Freud, que por la desdichada Emma. De cuya desgracia temió todo lo que pudiese llegar a trascender, y que colmaba hasta la exasperación de encono y furias el tener que reconocer, como fundamentada, la pasiva pero no menos radical reticencia de Breuer de seguir acompañándolo en sus peripecias terapéuticas. Gracias a la valiosa aportación de Schur hoy podemos reconocer el drama de Emma representado vívidamente en el sueño " la Inyección de Irma".⁴ Es mediante este sueño que Freud intenta demostrar el haber desentrañado el significado de los sueños , que había permanecido insondable a lo largo de la historia. No ha de sorprender que este primer sueño sea el producto de una intrincada suma de burdos y sutiles artificios, propios del arte del enmascaramiento. Es un sueño simple que se torna enigmático por la perentoria necesidad del soñante de encubrir a Emma tras las apariencias de Irma, a la vez que desea atribuir a Emma todos los reproches que en la realidad desea espetarle a Irma. Por tener que denigrar a Breuer

3. Freud confiesa con ciertas alusiones, la crisis en que se halla su psicoterapia. La cándida frase "no tenía yo plena certeza sobre los criterios que marcan el cierre definitivo de un historial histérico" (IS/127), más bien revela el reconocimiento de su impotencia en tratar de curar nada menos que a las histéricas. La insuficiencia de "comunicar al enfermo el sentido oculto de sus síntomas" (IS/130), delata el límite de la psicoterapia. Si hoy se duda de la validez de sus diagnósticos, tanto más dudosos se tornan sus pretendidos éxitos terapéuticos. Tal vez la insistencia en que obtenía curaciones no era del todo ajena a la obstinación de Freud de que se intentara de todos modos oír el discurso de los neuróticos, que a la postre no debía resultar del todo vano.

a la par que debe adular a Fliess, mientras anhela que Fliess logre parecerse en probidad y ética científica al mismo Breuer. Por la necesidad de liberarse de toda culpa, sea de la delicada situación en que ha caído Emma, sea de las acusaciones de Irma; la que comparte con los del círculo de allegados el desdén por la "solución" que Freud le ha propuesto: si bien la práctica sexual, aun sin amor, puede brindar beneficios, no va a resolver por sí sola, el dilema de tener que existir.⁵

Bastó una simple alusión de Oscar Rye -el personaje Otto-, pediatra de los hijos de Freud, acerca de la desazón de Irma, para que Freud, pungido por la indignación y la ira dedicara una larga noche a redactar un informe para justificarse ante Breuer.⁶ La trabazón de las

4. El sueño de la "inyección de Irma" está en IS/128.

La relación del sueño de Irma con el caso "Emma" está en S:82 y sig. Según parece Emma fue operada por Fliess en Febrero de 1895. En abril apenas se recuperaba de la malaventurada intervención. El sueño de Irma es de julio de ese año. A semejanza del caso "Anna O.", este sueño princeps conduce a confesar otro fracaso terapéutico.

5. Si crítica el método catártico de Breuer, su terapia es aún críptica, y parece sustentarse en una deidad que dispensará la curación: "el todopoderoso factor sexual" (IS/137). Lo que puede desentrañarse es, que pese al deliberado hermetismo, Freud no tiene más que sugerir una cierta libertad sexual. Irma no ha de desatender las proposiciones amorosas, si es que desea liberarse de la angustia somática. (IS/127). "Irma es una joven viuda -escribe Freud-; si me empeño en descargarme de culpas por mi fracaso terapéutico con ella, lo mejor que ha de ofrecérseme será invocar ese hecho, que sus amigos remediarían gustosos (IS/137). Si a Irma le propone la práctica sexual, a Emma, curiosamente, le hace intervenir los cornetes nasales.

emociones hizo que se fatigara hasta despertar molestias neurálgicas o reumáticas en el brazo izquierdo para completar una justificación que resulta desmesuradamente laboriosa para la conclusión que de ella se deriva, que Irma sigue padeciendo molestias histéricas, porque se empeña en continuar siendo una viuda demasiado reservada. Erikson ha expuesto las sucesivas evoluciones del espacio escénico en el sueño de Irma.⁷ El amplio vestíbulo de la casa veraniega de Kahlenberg, tal vez contigua al Bellevue,⁸ en el que los esposos Freud, se ufanan de recibir a sus invitados con motivo del cumpleaños de Martha,⁹ es sustituido por la parte adyacente a la ventana, donde una de las invitadas, Irma, se convierte en protagonista. Es allí que Irma ocupa todo el espacio

6. La frase que transcribe Freud por la que el Dr. Rye le informa del estado de Irma- a la que ha visitado en su lugar de veraneo, después que ella ha interrumpido el tratamiento con Freud- es bastante inofensiva comparada con la extrema reacción subjetiva de Freud: "está mejor, pero no del todo bien": IS/127. Freud trata de no transparentar nada de su reacción a Rye. Pero interiormente se siente muy herido: sospecha que Rye se ha dejado influir por los familiares de Irma, quienes se han mostrado reacios, a igual que los amigos comunes y aún la propia esposa Martha, al tratamiento de Freud.
7. Erikson E. H. "The dream specimen of psychoanalysis", Journal of American Psychoanalytic Association, 2, 5-56. 1954.
8. Un hotel-restaurant que ya no existe. Grinstein presenta un grabado de la época. Y hay una fotografía en diversos textos.
9. Por el contraste entre ese amplio vestíbulo de la casa veraniega y el del departamento de los Freud en la Berggasse.

onfrico, pero su cuerpo, lejos de representar a Eros, es presa de una progresiva agonía. Instigada por el aterrado Freud a abrir la boca, ella primero se resiste, luego la abre, y es su bella y grande boca la que ocupa el escenario; sucesivamente la visión onírica se circunscribe a la garganta, y es en ésta que Freud descubre unas formaciones modeladas como los cornetes nasales.

Ante la gravedad en que se halla Irma -la que en realidad posee a ciertas molestias disfruta de sus vacaciones-, Freud se ve obligado a admitir que Irma reemplaza en el sueño a otra persona; pero no parece sorprenderle, o es que ha de guardar silencio, ante el extraño hallazgo de toparse con aquellos cornetes en un lugar donde no les corresponde.¹⁰ Nadie habría podido explicarse tal transposición hasta que Schur comunicó el trasfondo del drama de Emma que subyace al sueño de Irma.

Las escaras que tales cornetes presentan reviven la preocupación de Freud por el uso de la cocaína, que él propició, antes de cerciorarse de sus efectos. Demasiado entusiasta de sus proyectos, Freud anticipa los beneficios de los tratamientos que sugiere, sin contar previamente con sólidas confirmaciones. Tal como había ocurrido con la cocaína, ahora teme que resulte igualmente ilusoria, sinó nociva, su promesa de curación mediante el tratamiento analítico.¹¹

10. De este sueño Didier Anzieu ofrece una interpretación psicofantástica: D.A. 165-6. Es un sueño erótico: Irma se abre para recibir el esperma, ¡una mancha blanca y las escaras blanco grisáceas! La confusión de la vida con la muerte se vuelve patente porque este autor también deduce el latente deseo de Freud de que su mujer Martha-embarazada en esa época de la futura Anna Freud-aborte. Luego reconoce que el producto ha de sobrevivir porque las faltas del padre serán perdonadas. D.A. 169. Si esta síntesis explicativa resulta más bien fantasiosa, la interpretación pormenorizada logra ciertos vislumbres significativos merced a la profusión de posibilidades.

Los cornetes son en realidad los de Emma, que Fliess ha cauterizado con tal desventura que en un cornete perforado deja olvidada, tal vez por el apresuramiento, medio metro de gasa. Como Emma continúa padeciendo continuos dolores mientras le fluyen secreciones fétidas y sanguinolentas, Freud recurre a otro cirujano, quien extrae el tapón olvidado. Tal remoción abre una hemorragia por momentos incontenible y hunde a Emma al borde del colapso; lo que abruma a Freud de culpa y vergüenza. Por las sucesivas hemorragias y el peligro latente de una ulterior y más grave infección, Emma corre el riesgo de sucumbir a un desenlace trágico durante varios meses.¹² Es por ésto que Irma, quien la encubre en el sueño, presenta su cuerpo impregnado de una infección mortal: "Me siento molesto -escribe Freud- por haber atribuído a Irma una enfermedad tan grave única y exclusivamente para descargarme yo. Parece hasta cruel!"¹³ La preocupación ante la gravedad de Irma en el sueño, es imitación fiel de un penoso suceso realmente acaecido cuando Freud involuntariamente causó una letal intoxicación al prescribir reiteradamente un medicamento -el sulfonal- que creía fuese inocuo. En esa ocasión, desesperado, Freud pidió auxilio a Breuer, pese a que su pronto socorro resultaría vano.

11. Freud evoca la preocupación por su propia salud. Aunque es atendido por un otorrinolaringólogo de la talla de Fliess, persiste enfermo de "penosas inflamaciones nasales" (IS/132); que por recomendación de aquél intenta aplacar inútilmente con inhalaciones de cocaína, hasta que semejante procedimiento causa en una paciente que lo imita una extensa necrosis de la mucosa nasal. Pero había sido el mismo Freud quien había comenzado a recomendar el uso de la cocaína, lo que le atrajo "severos reproches", entre otros porque anticipó la muerte del insigne Fleischl von Marxow, quien abusó de la sustancia más allá de lo que le había indicado Freud (IS/132). Sobre este episodio volveremos en el capítulo dedicado a las "culpas".

En el sueño, igualmente apurado Freud acude a Breuer. Pero aquí la vergüenza y la culpa por tener que delatar ante los ojos del censor la agonía de Emma enmascarada tras Irma, se trueca en ira: recurre al coraje de la violencia para no sucumbir a su propia culpa. Breuer en el sueño aparece como si acabara de retornar del duelo donde lo ha maltratado Freud. Con el mentón sin su clásica barba - desposeído de la insignia del poder, según Erickson, o del poder viril, según otros-; "no pisa en firme"- la expresión es de Didier Anzieu, pues cojea; y delata una marcada palidez que anuncia su decadencia.¹⁴ En tales condiciones, como si lo venciera la ebriedad, una inesperada demencia o el delirio, al confirmar la grave infección de la supuesta Irma, Breuer pronuncia un consuelo desatinado: "sobrevendrá todavía una disenteria y se eliminará el veneno".¹⁵

-
12. Al atribuirse la culpa por el empeoramiento de un paciente que envió a Egipto, Freud parece más bien referirse al riesgo que ha hecho correr gratuitamente a Emma. "No puedo evitar el reproche de haber expuesto al enfermo a contraer, sobre su afección intestinal histérica, una afección orgánica" (IS/135).
 13. Era natural que Freud reconociera que "nadie que conozca solamente el informe preliminar y el contenido del sueño podrá sospechar el significado de este" (IS/129).
 14. De estas desfiguraciones Freud adjudica a Breuer sólo el aspecto casi exangüe. Por el cojear cree identificar a su hermanastro, con el que está disgustado también en esa época. Freud equipara a Breuer con este hermanastro, que fungía como tío, porque ambos contaban con una edad similar a la de la madre de Freud.
 15. "Me mueve a risa" - confiesa Freud - la disparatada idea del consuelo de Breuer. (IS/128 - IS/129).

Zaherido y humillado por tener que justificarse, urgido de vengarse en contra de quienes recelan y desacreditan su tratamiento-los del círculo al que pertenece, aun su propia esposa, sin dudas los extraños y gentiles ; más sobretodo el patriarca Breuer- Freud reacciona transmutando el cuerpo de Eros en el parto de la muerte, y ridiculizando con saña a su mentor. El terror que Freud vive en el sueño , más que por la gravedad de Irma-Emma, surge ante la responsabilidad que debe asumir por sus intervenciones presuntamente terapéuticas. La cólera por sus propios errores es desviada hacia Fliess, su cómplice en la carrera de alcanzar prestigio a cualquier costo.¹⁶ Pero en tales circunstancias no puede permitirse el criticar a Fliess públicamente.¹⁷ Al contrario, ha de esforzarse en calmar la colérica suspicacia de Fliess, quien a su vez, lejos de reconocer su error quirúrgico, protesta por un supuesto intento de arruinarle su prestigio profesional.¹⁸ En la plenitud del terror en el sueño se acuña la cólera , pero el dardo de la ira no es arrojado contra quien realmente ha motivado el enfado, sino en contra de Breuer, el ponderoso humanitario convertido en zopenco de ralea.¹⁹ Si Breuer no ve con buenos ojos el tratamiento psicoterapéutico que intenta aplicar Freud, ¿cómo podría estar de acuerdo que a una paciente "histórica" se la someta a una operación improvisada y ajena a las exigencias de la experimentación científica ?

-
16. ¿Cómo no iba a irritarse en contra de sí mismo si al empeñarse en descubrir una etiología psicológica de la histeria, consiente en que se intervenga quirúrgicamente sobre cavidades simbólicas ? En el sueño, encubierto tras el personaje Otto, Freud adjudica a Fliess la culpa de la gravedad de Irma-Emma. Schur opina todo lo contrario; como veremos en el capítulo Virgilio en el Infierno, dice que el sueño de Freud trata de disculpar a Fliess del enojoso asunto.
17. Al parecer, Freud, por escrito nunca le comunicará a Fliess este sueño.
- 18, S/82-83.
19. En el sueño de Irma , que precede año y medio el de Tío R., Breuer es igualmente un idiota, tal como el tío Joseph. NR/133.

La desafortunada intervención que hace empeorar a Emma, en el sueño es representada por una inyección que el personaje Otto aplica a Irma sin los cuidados de la asepsia, y que contiene Trimetilamina, una de las sustancias claves, según Fliess, de la química sexual.²⁰ Pero Irma representa también a las demás pacientes que pueden malograrse porque el tratamiento de Freud más que ilusorio puede resultar nocivo. Tal ocurre como si en contra de todas las expectativas Freud terminara por conceder la razón a Breuer: al igual que la hemorragia de Emma, no se sabrá como detener la efusión amorosa de aquellas cuya necesidad de amar es despertada por la pretendida promesa del análisis psicoterapéutico.²¹ Semejante contrariedad hace desencadenar la cólera con que se escarnece a Breuer. También exaspera el desencanto de comprobar que a Fliess le queda demasiado holgada la investidura del Virgilio que Freud tanto requiere para que lo acompañe en el descenso a los Infiernos.²² Pero con evidente mala fe la irritación es desviada para lanzar más invectivas en contra de Breuer: médicos y científicos de la época se habrían quedado estupefactos de haber oído que Breuer deja de ser confiable por la "asiduidad con que recurre a explicaciones desatinadas y a extraños enlaces patológicos."²³ Esta crítica mordaz que a todas luces corresponde a Fliess es deliberadamente asendada a Breuer.²⁴

20. Rycroft interpreta la escena de la inyección como una posible representación de los celos de Freud por la atracción que supuestamente sentiría Irma hacia el joven y apuesto Otto (Oscar Rye). C. Rycroft, The Innocence of Dreams, Pantheon Books, Nueva York, 1979.

21. En el sueño Freud reconoce clínicamente a Irma sin que ésta se desvista. Es una clara precaución ante lo que puede abrigar la conciencia vigilante del censor Breuer de la probidad profesional de Freud en la intimidad del consultorio.

Pero el cúmulo de críticas no es exclusivamente vengativo, Freud a la vez necesita deshacerse del influjo inhibitor de Breuer. Debe volver patente que la sabiduría de Breuer es coja: de ahí que le hace proferir el consuelo absurdo de que Irma-Emma se aliviará nada menos que por el efecto catártico de la diarrea disentérica.²⁵ Freud no sólo objeta la catarsis como método terapéutico.²⁶ También reprocha a Breuer por su terquedad en no querer reconocer la complejidad de toda neurosis, por la que no es posible esperarse una convincente comprensión como tampoco una igualmente rápida y eficaz resolución.²⁷

22. Se tratará en el capítulo Virgilio en el Infierno.

25. IS/135

24. Grinstein opina que Freud desea ser juzgado por Breuer para poder reivindicar su inocencia. Tras la actitud de otro personaje del sueño (Leonold) "lento, ponderoso, pero sólido", podría encubrir a pesar suyo al modo de ser de Breuer. A tal personaje, Grinstein lo asimila a Hawermann, el protagonista de la novela Ut mine Strontid, de Fritz Reuter -que el mismo Freud evoca en sus asociaciones- en contraste a Brasig, por su proceder rauda, brillante, pero desacertado y hasta irresponsable, lo que haría pensar en Fliess.

25. Esta en verdad es otra burla a costa de Fliess, por su pretensión- de la que Freud se obliga a ser cómplice- de que la histeria pueda curarse extirpando membranas nasales. Freud además tendía a generalizar su noción particular de que lo "absurdo" implica necesariamente una intención ridiculizante.

26. La crítica de que la catarsis es insuficiente la había publicado Krafft-Ebing sin tanto escándalo. Aunque el mismo Freud, abrumado por la profusión de las posibles causas de la histeria recurrirá a un recurso igualmente criticable, el de constreñir toda expresión de las pacientes al embudo de la génesis sexual.

27. Según Freud, Breuer es un terco que pretende ignorar la existencia de la histeria, puesto que prefiere reconocer como orgánicos aquellos síntomas que para Freud son de índole histérica. Por la supuesta decisión de desconocer la sintomatología histérica Breuer se resiste a seguir enviándole pacientes a Freud, lo cual incrementa ulteriormente su cólera. (IS/135).

Para tratar de no amilanarse ante las dificultades teóricas y prácticas de comprender y tratar la neurosis, Freud necesita sobreponerse a sus propios errores, desbaratar sus culpas inhibitorias,²⁸ aun a costa de adjudicar a otros sus desvaríos y extravagancias: está dispuesto a todo con tal de perseverar en la inquietante búsqueda que más allá de tribulaciones, simulacros y desengaños, finalmente habrá de rendir sus frutos. No se puede objetar fácilmente que Freud intentara enmascarar a Emma mediante el personaje Irma. Este encubrimiento conduce a un autor como Levenson a declarar que Freud trató de anular deliberadamente el peso de los acontecimientos reales. Tanto, que históricamente el psicoanálisis habría crecido a expensas de una actitud de aquella mala fe que describe Sartre en el Ser y la Nada. Al ignorarse propositivamente la realidad, las construcciones freudianas se basaron en fantasías, si es que no en mentiras, o en el mejor de los casos creando desmesuradas simbologías a partir de hechos triviales. Tal como en este caso, que el grave episodio provocado a Emma es ocultado, y el sueño, con su caudal de asociaciones se hace derivar del hecho menos importante de la relativa ineficacia del tratamiento de Irma.²⁹ No hay dudas que Freud hace abuso de encubrimientos y trastocamientos, de omisiones y desfiguraciones, de toda suerte de sortilegios y malabarismos del lenguaje. Recursos que luego considerará como inherentes al género humano toda vez que se requiere de una actitud defensiva. Pero sería igualmente exagerado aseverar que es sólo mediante estas artimañas que están estructuradas las construcciones freudianas. Levenson, para seguir con este ejem-

28. Marthe Robert reconoce que el sueño de Irma es de culpabilidad; como también lo es de lucha en contra de la autodestrucción culpígena. MR 119.

29. E.A. Levenson, Facts or Fantasies, Contemporary Psychoanalysis, Erich Fromm in Memoriam, V, 17 N, 4 Octubre de 1981, Nueva York, pag. 491.

plo, no toma suficientemente en cuenta la necesidad de Freud de expresarse mediante símbolos o por lo menos alusiones, para dejar entrever lo que no puede expresar abiertamente : no grandes culpas, pero sí aquellas que toda persona anhela guardar en su intimidad, no sólo por miedo y vergüenza sino también por tacto y pudor.

Freud por su parte, si es cierto que calla el "caso Emma", no deja de manifestar con creces su profunda tristeza imbuída de quemante ansiedad al reconocer una vez más su tendencia a caer en el error, impelido siempre por el anhelo de alcanzar el gran descubrimiento que ha de salvarlo del hambre y de la anomia. De aquí que no se ahorra el delatarse como autor de la cadena de errores que va hilando en el tiempo, aun de las varias muertes que adjudica a su ineptitud y negligencia; a raíz de Irma -de su grave estado-, llega a insinuar el haber fantaseado con la muerte de su propia esposa Martha, o por lo menos con la interrupción del embarazo que desde luego ya no lo entusiasma. ¿Cómo pedir una ulterior autorecriminación a un hombre que se adelanta en advertir que no puede comunicar la interpretación completa de sus propios sueños, tal como él la conoce ?

Freud no huye de la realidad, no la deprecia como llegan a creer Levenson y Krull; lo que no puede es delatarla totalmente ni continuar culpándose de su tremendo peso, sin autodestruirse. Es él mismo, antes que nadie, quien reconoce su fatal propensión a propiciar "todas las ocasiones que pudieran atraerme el reproche de falta de probidad médica."

Canetti y Fromm han reconocido la asombrosa tendencia de Freud a equivocarse, pero a la vez están concientes de cuán fructuoso suele ser el error de un genio creador.³²

30. IS/127. Además Freud deja entrever que la Irma del sueño no es la Irma de la realidad.

31. IS/ 133.

El sueño de Irma, semilla germinal de Die Traumdeutung, pese a la laberíntica e ineficaz insinceridad de su desciframiento, logra demostrar la verdad de Schopenhauer a la que Freud se acoge: que los sueños revelan el carácter del soñante. Freud, sin querer y a sabiendas, se retrata de cuerpo entero revelando sus tretas y artimañas para encubrir sus más o menos ominosos errores en su precipitada carrera por conseguir el anhelado prestigio.

Se engañó creyendo válidas sus interpretaciones del sueño prínceps, pero acertó en que la existencia, sea en la vigilia o en el sueño, puede ser interpretada. Descifró a su conveniencia el sueño de Irma, pero demostró mediante sus tortuosos esfuerzos que el sueño de muchos modos puede ser comprendido. Lo que resulta de enorme importancia para quienes se interesan todavía por los demás y por sí mismos, pues el sueño anuda en la condensación con que Freud lo caracterizó los más desvariados y a la vez reveladores rasgos de nuestra múltiple modalidad de existir.

32. Canetti a propósito del "caso Schreber" dice que Freud "no tomó en cuenta sino una parte mínima del material, y raras veces se equivocó tanto en su interpretación como en éste caso." Elias Canetti, La Conciencia de las Palabras, F.C.E., México, 1981, pag. 51. Levenson también utiliza el mismo caso para tipificar la desconcertante actitud de Freud de desatenderse de la realidad de los hechos, para estructurar su simbología psicoanalítica. ¡Qué no se dirá de Jung! Paralelamente Fromm escribe que Freud "con frecuencia nos da la imagen de un racionalista obsesivo que construye teorías sobre la base de prácticamente nada, y que le hace violencia a la razón. A menudo hizo construcciones utilizando pequeños trozos de evidencia que llevaron a conclusiones rayanas en el absurdo." F/30.

VI. BAJO EL SIGNO DE LA EXAGERACION

Freud, que pudo prescindir del amor intenso con una mujer,¹ que anheló vitalmente el vínculo espiritual con un padre protector y guía,² cuando logra convivir durante quince años con un ser hecho a la medida de todas sus ansiedades y carencias, rompe finalmente con Breuer, quien pese a los deseos de Freud no se concede como padre sino como simple par. Si fueron atraídos por afectos aunque no del todo recíprocos, por sendas vocaciones, el origen hebráico, con el paso del tiempo terminarán por reconocerse diametralmente opuestos.

Quizás con cierta lentitud -que resultaba cada vez más irritante para Freud- Breuer compensaba su natural y cándida ingenuidad mediante una escrupulosa prudencia que se tornaba aún más indecisa por la recurrencia a una irónica autocrítica. En el vínculo con Freud tal cuidadosa ponderación creció a medida que éste, en contraste, le exigía más determinación para acometer la gran revolución de la psicología. Pero, pese a las incitaciones de Freud, la perseverancia de Breuer continuó mesurada y tranquila. No lo instigaba ninguna desesperación por destacar. Solidamente asentado sobre méritos ya célebres, no requería de compensaciones ulteriores, siendo su existencia moderadamente satisfactoria en todas sus vertientes.

1. "...in my life a woman has never been a substitute for a comrade, a friend. If Breuer's masculine inclination were not so odd, so faint-hearted, so contradictory, as is everything emotional in him, he would be a beautiful example of the kinds of achievements to which the androphile current in man can be sublimated." (Párrafo de una carta a Fliess-4 de julio de 1901- publicado por primera vez por Max Schur: S/217).
2. Helen Walker Poner, fue la primera en destacar la contradicción de Freud por admitir unas veces y negar otras, su autoconmiseración por vivirse huérfano moral, económica y científicamente.

Breuer había mantenido durante doce años el sigilo en torno al caso Anna O. En cambio Freud, así como se precipitó en divulgar los presuntos beneficios de la cocaína, vive urgido de proclamar las supuestas ventajas de su tratamiento psicológico, aun a costa de arreglar los historiales clínicos y de asegurar curaciones que a la postre resultan dudosas. Freud, como es sabido, al igual que Mendel años antes en la misma Viena, solía ajustar convenientemente sus hallazgos.³ Pero Mendel, poseído por el perfeccionismo no transgrede la lógica científica. La desproporcionada disimetría de los casos clínicos de Freud, por la excesiva unilateralidad con que hace resaltar uno de los vórtices, lo excluyen de la ciencia y lo acercan a un modo peculiar de escribir historias.⁴ Huelga decir que a Breuer, reacio a todo entusiasmo por alguna explicación unilateral -al extremo que consideraba toda generalización como inevitable producto de la arrogancia- no puede satisfacerle la constante tendencia a enfatizar un inevitable pero nada único aspecto del heterogéneo conjunto que es toda historia personal. Tanto más que Freud, según lo critica Breuer, pretende hacer de esa unilateralidad una "formulación absoluta", por la exagerada tendencia a construir generalizaciones exclusivas.

-
3. En algunas referencias a los casos clínicos de Freud referiremos algunas de las mutaciones que sufrían las vidas de sus pacientes a la hora que Freud transcribía sus interpretaciones basadas, en contraste del alud de informaciones que recibía, en indicios inciertos, demasiado sutiles y a veces hasta inverosímiles.; pero siempre sujetándolo todo a la inconsciente fascinación sexual en la que según Freud vegetamos todos los seres.
 4. Según Ricoeur, "la historia real por sí misma sólo es un índice de la historia figurada mediante la cual un sujeto se comprende a sí mismo; y esa historia figurada es la única que importa al analista." Paul Ricoeur, *Freud: Una interpretación de la cultura, Siglo XXI, México, 322.* Pero, lamentable, o afortunadamente, no siempre la novela que cree vivir todo "paciente" es románticamente sexual.

Al parecer lo que más enfuriaba a Freud era el escéptico recelo de Breuer acerca de la posibilidad de que la paciente, y tal vez aun el mismo terapeuta, persistieran indemnes al despertar del enamoramiento sexual inducido y exigido por la terapia.

Freud con su método pretende rescatar una eroticidad sepultada, que destina a una perenne insatisfacción por estar ligada a seres prohibidos por incestuosos y punitivos. Una vez reencendidas aquellas ligas candentes al ofrecerse el terapeuta como blanco de un amor que, si no será correspondido, servirá para que merced a su impersonalidad el analista pueda hacer comprender a la paciente la intensidad de su deseo y los motivos por los cuales no puede desear sin que se enferme.

En contra de lo que Freud sospecha, Breuer no duda de la integridad profesional de Freud. Lo que Breuer ha experimentado es que la paciente, más que animal sexual, anhela el fuego animal tan imprescindible a toda creatura. Breuer no huye del sexo, como en cada ocasión dá a entender Freud, sino de la insostenibilidad de la práctica terapéutica. La dependencia de la paciente, provocada por el tratamiento, no implica riesgos sólo por su naturaleza sexual, sino por la entrega excesiva que exige de la totalidad de la persona del médico; tanto, de "terminar completamente con sus actividades y con su modo de vida." ⁵

5. J. Breuer, Contribuciones, op. cit. pág. 47. Preocupado por el destino de la persona más que por el futuro de una teoría, es muy probable que Breuer percibía en Freud, más que una intencionalidad curativa, la vehemencia del Conquistador * por arrebatar las supuestas verdades de la psique humana, y propagarlas con la ligereza negalómana inspirada tal vez en el uso inveterado de la cocaína.

* Cuando Freud se identificaba con éste término, lo utilizaba en español.

A descargo de las románticas pretensiones freudianas, puede admitirse que es menos insano despertar un amor aunque sea imposible hacia una figura adulta y presumiblemente madura que el seguir ignaros y ciegamente adheridos a fantasmas de cuerpos negados desde el principio. Pero tal práctica de ensayar a encarnar el entusiasmo erótico que supuestamente un día encendieron los cuerpos primigenios resultaba para Breuer más cruel que azarosa. El vínculo que se densifica con el terapeuta se transmuta en una atadura de naturaleza orgánica: no se puede cortar sin sacrificar de nuevo a la paciente por la negación radical de sus ferverosas expectativas.⁶ Freud en cambio critica la incapacidad de Breuer en entender que el desempeño del terapeuta ha de ser en todo momento impersonal. A la "dependencia" que condena Breuer, Freud la considera optimísticamente a imagen de una relación financiera: las "cargas libidinales" que la paciente transfiere a la figura del médico, adquieren mediante el tratamiento una suerte de versatilidad, que las torna relativamente desplazables y aun sujetas a la resignación a la que nos han acostumbrado las imprevisibles fluctuaciones de valores en los tiempos modernos. Si para Breuer, a la dependencia que ha vivido y padecido, le pesa el verla tratando de encarnarse inútilmente en el vacío de la carencia de la paciente que va a ser abandonada a una nueva soledad. Para Freud tal "apego" transferencial es un estadio en la evolución hacia la armonía de la voluptuosidad: lo que para Breuer es una adhesión que no tiene otro destino que el romperse con dolor y sangre, es pura sexualidad que va a ser reconocida por el verbo, y por el verbo liberada.

6. Sabemos como, un año después que ha dejado de ver a Anna O., Breuer la prefiere muerta antes de que continúe atormentada por tantos sufrimientos.

Sin embargo, al igual que Anna O., también Emmy von N. recae toda vez que su médico, Freud, se aleja de la cura.⁷

Más allá del dilema de la dependencia, Breuer no se opone a reconocer la influencia de la sexualidad coartada; lo que critica es la tendencia freudiana a extraer exageradas conclusiones a partir de aquella.⁸ Experimentado y escéptico, no iba a creer que un remedio a la portada de todos en la Viena de su época podría redimir la vida de las viudas más allá de la efímera ilusión de todo enamoramiento.

7. D.A.: D.A./88.

8. Breuer sin dudas reconocía la importancia de la sexualidad. Fue él, antes que Charcot y Chobrack, quien destacó su influencia ante el joven Freud. Es más, defendía que el interés que despertaba la sexualidad no se debía a ninguna inclinación particular de Freud, sino que emanaba de los hallazgos empíricos. Pero, sí reconocía haber aportado la "célula germinal" del psicoanálisis, a la vez que consideraba la experiencia con Anna O. absolutamente libre de toda evidencia sexual, podía concluir que puede darse un psicoanálisis no necesariamente centrado en la sexualidad. Su previsión de 1907, de que con el tiempo parte de la construcción freudiana llegará a desmigarse, se refería sin dudas a la excesiva importancia del papel que otorga Freud a la sexualidad.

La ruptura entre ambos adviene cuando Freud todavía está poseído por la creencia de que la histeria se desencadena a consecuencia de las mórbidas y patentes seducciones paternas. Etiología que, si objeta Breuer, no es necesariamente por su asustadizo pudor burgués; como sostiene Jones o Didier Anzieu. El mismo Freud se verá después obligado a desechar tal teoría, no sólo por sorprender engaños deliberados o simples recuerdos notablemente fantásticos, sino porque era difícil mantener una etiología basada en una práctica que no podía ser tan fatídica ni universal.

Pero la discordia creció también en relación a los diagnósticos. Para Freud, Breuer es un terco que pretende ignorar la histeria, puesto que prefiere reconocer como orgánicos aquellos síntomas que para él sin dudas son de naturaleza histérica. Y se queja de que es por la obstinación de Breuer en desconocer los síntomas histéricos que se resiste a seguir enviándole pacientes; lo que incrementa ulteriormente su cólera.⁹ En el sueño "la inyección de Irma", Freud toma venganza en contra de Irma y de Breuer porque ambos no aceptan la solución sexual que él recomienda para remediar los males intestinales de Irma: si ésta no se ha curado es porque no ha aceptado la solución que Freud le ha propuesto.¹⁰ Pero luego resulta que el mismo Freud, se verá obligado a confesar que los males abdominales de Irma no son consecuentes a un origen histérico, sino que, realmente orgánicos, son precursores de una afección biliar!¹¹ Si él mismo se ve precisado a reconocer su error al presumir el origen histérico de tales síntomas, ¿cómo puede estar seguro que una paciente simula tener nada menos que tuberculosis, la que según Freud, no es más que otra de las manifestaciones de la histeria?¹² Por lo que dice Freud, el diagnóstico real de esta paciente parece depender del deseo. Porque Breuer no desca reconocer que tal tuberculosis es una simulación que encubre a una auténtica histeria, es que no le remite a la paciente, misma que Freud tanto necesita, por ser, según cree, más inteligente y sensible que la obstinada y adversa Irma.

9. IS/ 135.

10. Freud sufría una casi constante tensión abdominal que tal vez fue menguando a medida que pudo dar alumbamiento a la más importante de sus obras: Die Traumdeutung.

11. IS / 136 Nota 23.

12. IS/135. .

Cualesquiera que haya sido el peso de las diferencias profesionales y científicas, subsiste un unánime consenso de que la ruptura que persistió hasta la muerte fue desmesurada. Las tesis que habitualmente se han esgrimido para explicarla conciernen a la deuda económica y al tema de la tentación del parricidio.

Sin dudas ha de ser enojoso deber dinero a quien se odia. La vergüenza de vivirse deudor en este caso se duplica porque la inversión de Breuer habría servido para sostener la reiterada intervención en la privacidad ajena que no había arrojado hasta entonces más que murmuraciones turbulentas. Un ulterior motivo que supuestamente avivaba la cólera de Freud era la renuencia de Breuer a aceptar la devolución de siquiera una parte de la suma. Pero, ¿podía Freud en realidad pagar tal deuda sin someterse a sacrificios que Breuer -realista y honrado- se abstenía de exigirselos? La deuda, bien pudo agravar la ira en contra del antiguo benefactor, pero no puede ser motivo original de la ruptura. De Ernest Jones¹³ a Helen Walker Puner¹⁴, de Didier Anzieu a Marthe Robert, se ha insistido que Freud, marcado por el pasado, iba a descargar inevitablemente en contra del paterno Breuer toda la hostilidad que había nutrido en la infancia en contra de su padre Jakob, supuesta sombra -si bien pálida- de Layo.

La irónica verdad es que, si todos los puntos centrales de su teoría poco o nada conciernen a la existencia misma de Freud, tampoco la tesis de que alimentaba deseos parricidas puede ser fundada siquiera en fantasías.¹⁵ Mientras se ha secundado en demasía el fatigado recur-

13 . J/ I-320

14. Helen Walker Puner opina que Freud: " se contempló a sí mismo pero no logró alcanzar a verse completamente", porque "no pudo identificar explícitamente la naturaleza y el contenido de su hostilidad hacia su padre". Freud, op. cit. 114.

15. El tema del parricidio se analizará en el capítulo dedicado al padre Jakob Freud.

so a hacer del odio al padre el motivo de la incomprensible ruptura, fue a partir de ésta que Freud comenzó a evocar con cierta exagerada afectación el dolor por la muerte de su padre. Y si retornó más veces sobre el progresivo descubrimiento de su hostilidad reprimida en contra del padre, lo fue precisamente para encubrir en cambio su animosidad en contra de Breuer, la que se alimentaba por el dolor de la pérdida y las serias desventajas del consecuente aislamiento.¹⁶ Fue Rank, según Rozanes, el primero en sugerir que muy probablemente Freud exaltó su aflicción por la muerte de su padre Jakob para negarse la grave consternación que le producía la separación de Breuer.¹⁷ Si para Rank, el autoengaño y la sustitución de los personajes,¹⁸ son probablemente de índole inconsciente, no puede dejar de entreverse cierta deliberada intencionalidad de Freud de tratar de camuflar sus verdaderos sentimientos. Puesto que, como ha tratado de divulgarlo Freud, es a partir de la muerte de su padre que se decide a ahondar en su autoanálisis, para numerosos autores el padre Jakob se torna progresivamente en el protagonista de la Traumdeutung. Pero no se requerirán nuevos documentos entre los confiscados en el Archivo de Londres, para reconocer la presencia de Breuer tras el cortejo de emociones contrastadas, sueños y enmascaramientos que Freud utiliza con cierta largueza.

-
16. Marthe Robert escribe que "la desautorización de Breuer lo deja solo, moralmente desamparado y lleno de dudas sobre el valor de su trabajo y aterrado ante la idea de equivocarse." MR/88.
17. Rozanes, Freud y sus Discípulos, Alianza Editorial, pág. 97.
18. Sustitución que recuerda sugestivamente a la superposición que se opera en el breve sueño Tio-R. La imagen del tío Josef representaría a su hermano Jakob Freud, y la figura de R., el amigo y colega Dr. Konigstein encubriría al mismo Josef Breuer, el colega más "descollante" del grupo.

Pese a todos los esfuerzos de volver relevante la influencia de Fliess, durante el decenio que siguió a la separación de Breuer, nada pudo mitigar la íntima desolación de Freud. Si Anna O. empeoró cuando fue abandonada por Breuer, por la propia "transferencia" con Breuer, es esta vez Freud, quien sufrirá la irreparable pérdida. Y debió tejer diversos subterfugios para encubrir su odio encarnizado, el dolor que le humilla admitir, y las complicaciones teóricas que la ruptura le acarrea. Pues debe recurrir a su habilidad en exagerar sugestionalmente, para inferir una curiosa homosexualidad latente que supuestamente subyace en su propio carácter, de lo contrario se vería obligado a admitir un caso de transferencia carente de la inevitable base sexual.¹⁹

Ambos, sin dudas, sufrieron recíprocamente la dolorosa separación; y aunque en su turno lo reconocieron confesándolo por escrito, en la realidad vivieron como si el uno hubiese muerto para el otro. Tal vez fue Breuer quien expresó alguna señal de afecto, puesto que no podía ser de reconciliación.²⁰ Para Freud, resueltamente en cambio, el otro era como si non vixit.

Freud identificaba su vida con la obra que estaba compilando. Obra que lo destinaría a la muerte prematura que ocasiona un cáncer, si no llegara a propiciarle, cuanto antes, la fama que tanto anhela. Cualquier ataque a sus teorías era magnificado por Freud a una magnitud mortal.

19. Si ante Levenson, entre otros, y a propósito del sueño de Irma, es excusable que Freud recurre a protegerse mediante la interpretación de hechos nimios para escudarse por no poder confesar las espinosas peripecias personales, es comprensible en cambio que ni Breuer, ni todos los siguientes críticos de Freud, puedan admitir que Freud tergiverse la realidad o invente los síndromes más descabellados, sólo para defender las ambiciones de sus teorías.
20. Según la muerte de Breuer, éste, ya de muy avanzada edad, vió un día a Freud que avanzaba hacia él; de inmediato abrió sus brazos; el otro siguió impertérrito, tal como si quien se disponía a abrazarlo no existiese siquiera. Rozanes, op. cit. 98.

Lo que con la ruptura en Breuer fue reserva y frialdad, en Freud llegó a ser odio desmedido por su imperiosa necesidad de exagerar todo cuanto le concernía a favor o en contra. Así como exagera su temor a morir de hambre o de permanecer ignorado y excluido de todos-desde luego para justificar su sed de grandeza; así exagera sobre los riesgos del antisemitismo, la supuesta indiferencia o la hostilidad de los científicos relevantes de la época, la peligrosidad de la gente en las calles. Si de la todavía obscura promesa que es Fliess trató de rescatar luz en su agonía^{*}; a la renuencia de Breuer la marcó con la intensidad radical de la muerte. Sólo así, exagerando la enemistad del otro a un rango mortal podría continuar bregando sólo y sin apoyo por una obra que, por su fragilidad y desdeñada hondura, el otro, más sobrio y equilibrado en sus relaciones humanas, sólo le asignaba una importancia relativa.

Freud criticará los aspectos exagerados de sus sueños y fantasías. Destacará lo desproporcionado de algunas referencias de los sueños Tío R y "la inyección de Irma". Tanto de llegar a desconfiar de la mesura de los sueños: del sueño "Conde de Thun" dirá que es "una pura fanfarronería". Pero la exageración propia de sus sueños no reflejan sino su carácter. Bien puede concluirse que si Freud acepta secundar las reservas de Breuer tal vez no existiría ese presuntuoso intento llamado "psicoanálisis"; pero que también, sin su tendencia a la exageración de la portada de sus logros como de la gravedad de las adversidades, no habría podido realizar el tremendo esfuerzo de inventarlo. Si la tendencia a la exageración corresponde a diversos motivos compensatorios, todavía Freud se dá el lujo de exagerar no porque sea un histérico, sino porque presiente que la posibilidad de que realice una auténtica revolución en la psicología no es sólo una quimera.²¹

* Son los términos con que Freud identifica y alaba a Fliess.

21. Resulta aún más interesante que un ser contradictorio, con defectos y adiciones, y no un buda o un santo, aportó un método que ayuda a esclarecer el enigma de existir.

ABREVIATURAS

- I S Sigmund Freud, La Interpretación de los Sueños, Vols. IV y V. Amorrortu, Buenos Aires, 1976.
- D.A. Didier Anzieu, El Autoanálisis de Freud, Tomos I y II, Siglo XXI, México, 1979.
- E Henri F. Ellenberg, El Descubrimiento del Inconsciente, Gedos, Madrid, 1976.
- F Erich Fromm, Grandeza y Limitaciones del Pensamiento de Freud, Siglo XXI, 1979.
- G Alexander Grinstein, Los Sueños de Freud, Siglo XXI, México, 1981.
- J Ernest Jones, Vida y Obra de Sigmund Freud. Tomos I, II y III. Ed. Nova, Buenos Aires, 1959.
- R Marthe Robert, Freud y la Conciencia Judía, Ed. Península, Barcelona, 1976.
- S Max Schur, Freud, Living and Dying, International Universities Press Inc., Nueva York, 1972.

Los demás libros se indican en las notas de pie de página. El libro de Carl E. Schorske, Fin de Siecle VIENNA, es de la Editorial Alfred A. Knopf, Nueva York, 1980.

De la misma editorial es el de Ilsa Barea, Vienna, de 1966.